282

Al Cesar lo que es del Cesar

Al cesar lo que es del Cesar

GALERIA DRAMATICA

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATALOGO *de las comedias que contiene esta Galeria.*

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia.
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca finjida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La batelera de pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Un novio á pedir de boca.
Un frances en Cartagena.
Por no decir la verdad.

Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde, ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendarias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.

El desengaño en un sueño.
Mas vale llegar á tiempo.
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª part
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey 2.ª par
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retiro.
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistador.
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Aragon.
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antaño.
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde mas.
Rivera.
El rigor de las desdichas.
Las simpatias.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca.
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero.
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende.
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte de Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro mayor.
Empeños de una venganza
¡Es un bandido!

AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR.



AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

Don Tomás Rodriguez Rubí.





MADRID:

IMPRENTA DE DON ANTONIO YENES,

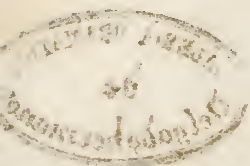
Calle de Segovia, núm. 6.

1844.

PERSONAS.

ROSA	*Doña Josefa Valero.*
DOÑA GERTRUDIS.	*Doña Gerónima Llorente.*
DON PEDRO	*Don José Valero.*
DON CÁNDIDO	*Don Joaquin Arjona.*
DON ENRIQUE	*Don..... Cernadas.*
BRAULIO.	*Don Luis Fabiani.*
MARTA	*Doña.... Yañez.*
UN NOTARIO.	
CRIADOS.	

La accion principia á las ocho de la mañana y concluye á las doce de la noche, en una casa de campo en las cercanias de Madrid.





AL SEÑOR DON ANTONIO AUSET.

¡Oh tú el mas gracioso *cuanto el mas* desgraciado *de mis amigos... salud! Ahí te envio* AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR, *para que te haga compañia en medio de la aspereza y soledad de esas montañas, adonde la revolucion y tu buen alma te han llevado.*

Yo he contraido contigo una deuda de gratitud, porque mil veces tu natural alegria desvaneció las sombras de mi natural tristeza.

Sé que no podré desempeñarme de ella con esta debil produccion; pero sé tambien que tú la aceptarás con gusto, porque me tienes en mas de lo que valgo.

Adios: dente los cielos la felicidad que por tantos títulos mereces, y á mí la ventura de abrazarte pronto.

TU LEAL AMIGO

TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.

Acto primero.

Sala amueblada con elegancia: en el fondo dos puertas, una para la entrada y salida general, y otra que conduce á las habitaciones interiores: á la derecha una puerta y un balcon: otra puerta á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

ROSITA. DOÑA GERTRUDIS. MARTA. *Delante de un espejo.*

GERTRUDIS. Buen efecto hace esa flor.
ROSA. ¿Y eso en qué consistirá?
GERTRUDIS. En que sin duda le da
tu hermosura mas valor.
ROSA. Tu cariñoso cuidado
te hace en mí ver maravillas.
GERTRUDIS. Mejor.
ROSA. ¡Ay!... Jesus... ¡qué horquillas!...
GERTRUDIS. (*A Marta.*) ¡Torpe!
MARTA. Yo...
GERTRUDIS. Le habrás clavado...
MARTA. Pues si apenas...
ROSA. Ya pasó.
GERTRUDIS. ¡Qué muger tan descuidada!
si no sirves para nada...
Ya está bueno, se acabó;
porque eres capaz de hacer,
si yo de aqui no te aparto...
Vete á arreglar ese cuarto.
MARTA. (¡Hum!... vieja de Lucifer.)
(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

ROSITA. DOÑA GERTRUDIS.

GERTRUDIS. Estas doncellas del dia...
ROSA. ¿Vamos á estar mucho aqui?
GERTRUDIS. ¿Por qué, Rosa?
ROSA. Porque sí;
porque esta monotonia
del campo me aburre ya:
un mes hace que aqui estoy,
y ayer lo mismo que hoy,
y lo mismo siempre...
GERTRUUIS. ¡Va!...
¿pues dónde has de estar mejor?
en el campo, entre las flores
oyendo cantar amores
al sonoro ruiseñor...
ROSA. Sí, todo lo escucho, sí;
mas su canto sin igual
es música celestial
que yo jamás comprendí...
cumple mas á mis deseos,
y con mas afan codicio,
ver de la corte el bullicio,
los teatros, los paseos,
y en aquella inmensidad,
y en aquel ir y venir,
dulces palabras oir
que halagan mi vanidad,
que del campo los primores
y de las aves el canto
que celebran tanto y tanto
poetas embaucadores.
Creerán que mi genio esquivo...
GERTRUDIS. No, Rosita, dices bien:
que me place ese desden...
tú estás por lo positivo.
¡Niña!... nada de ilusiones;
á lo mas seguro, ¿estás?

y todo lo alcanzarás...
nunca olvides mis sermones.
Tampoco á mí me acomoda
vivir por mas tiempo así...
pero saldremos de aquí
en celebrando tu boda...

ROSA. Esa es cosa tan formal...
¡casarse!...

GERTRUDIS. ¡Casarse!... ¿Y qué?
pues el novio...

ROSA. Sí, ya sé...

GERTRUDIS. ¡Es lo mas angelical!...
tan fino, tan consecuente,
ciego delira por tí...

ROSA. Pero ese hombre para mí
es del todo indiferente.

GERTRUDIS. Rosita, ¿y eso te altera?
¿has amado tú jamás?
lo mismo te casarás
con ese que con cualquiera.

ROSA. Ps...

GERTRUDIS. Tu escrúpulo me estraña,
y pronto das al olvido
á lo que aqui hemos venido
desde nuestra Nueva España.
Ten muy presente que allí
abandonada quedastes,
y que en tu tia encontrastes
una madre... ¿no es así?
¡Oh!... y esto no te lo digo
porque me agradezcas... ¡no!...
estoy mas contenta yo
de haberme unido contigo.
Pero es bueno recordar
nuestra posicion de ayer,
para lograr hoy hacer
un cotejo, y comparar...
Nadie nos miraba allí;
¿quién allí nos hizo caso?
ninguno; y al primer paso
un triunfo has logrado aquí.
Esta ya es mucha ventaja,

mas de uno te solicita...
y sobre todos, Rosita,
ese Enrique es una alhaja.
No hay para él sacrificio...
tu voluntad es el blanco
de sus deseos, tan franco,
tan ingénuo... ¡tan novicio!...
Y luego, su buen caudal...
¡Nada!... aqui lo que hay que hacer
es trabajar y obtener
una posicion social.
Con que no trueques los frenos;
en mi esperiencia te fia,
que en este mundo, hija mia,
todo lo demas es menos.

ROSA. Eso de la posicion
no lo encuentro yo tan claro,
cuando con tanto reparo
hoy se opone á nuestra union
el padre de Enrique...

GERTRUDIS. ¿Y qué?
Su oposicion no te inquiete:
cásate... y con el vejete
yo despues me compondré.
Él, segun Enrique ha dicho,
es hombre en edad entrado,
y que jamás ha negado
á su hijo ningun capricho.
Y ¿sabes tú bien lo que es
un hijo único?... ¡Vá, vá!...
despues de hecho... aprobará
el consorcio... antes de un mes.

ROSA. Con todo y con eso, puede
que su amor propio se pique...

GERTRUDIS. ¡Oh!... no temas tú que á Enrique
por eso lo desherede.
¡No!... se dará á Barrabás...
mas, tenemos mil recursos...
ya verás tú qué discursos
y que escenas... ademas
que á ese viejo millonario
una nuera tan preciada

le vendrá como pedrada
en ojo de boticario.

ROSA. Si piensas de esa manera,
y no hallas dificultad...
cúmplase tu voluntad,
y salga lo que Dios quiera.

GERTRUDIS. A aprovechar la ocasion;
en cuanto llegue hoy Enrique
le he de hacer con mi palique
que acelere vuestra union.
Así, así; con rapidez...

ROSA. Alguien viene...

ESCENA III.

ROSITA. DOÑA GERTRUDIS. BRAULIO.

GERTRUDIS. ¿Qué hay, mastuerzo?

BRAULIO. ¿Para qué hora es el almuerzo?

GERTRUDIS. Para despues de las diez.
¿Qué tal la mañana está?

BRAULIO. Muy buena á lo que yo creo...

GERTRUDIS. ¿Vamos á dar un paseo,
Rosa?...

ROSA. Bien, vamos allá.

ESCENA IV.

BRAULIO. *Despues* MARTA.

BRAULIO. ¡Qué vida llevo!... ¡qué vida!
¡este sí que es buen oficio!
comer y no trabajar...
soy mas feliz que un obispo.

MARTA. (*Sale.*) ¡Jesus!... ¡y lo que he escuchado!...

BRAULIO. ¡Hola! Marta...

MARTA. (*Observando por el fondo.*) Ya se han ido.

BRAULIO. ¿Qué sucede? ¿por qué atisbas
desde esa puerta?...

MARTA. ¡Dios mio!
¡quién lo creyera!... ¡Don Braulio!...

¿adónde estamos metidos?

BRAULIO. ¿Adónde? ¡buena pregunta!
¿Pues no lo ves?

MARTA. ¡Jesucristo!
¿Sabe usted que nuestras amas
son dos joyas?...

BRAULIO. ¿Dos qué?

MARTA. ¡Chito!

BRAULIO. ¡Calle! ¿misterios tenemos?
vamos, ¿qué te ha sucedido?

MARTA. ¡Y yo que me figuré
que eran señoras, y á gritos
han estado aqui diciendo!...
¡uf! ¡qué planes tan inícuos!

BRAULIO. Pero sepamos... ¿se trata
de arrojarnos del servicio?...

MARTA. No señor, si es otra cosa
mucho peor...

BRAULIO. ¡San Higinio!
¿exigen que rinda cuentas?...

MARTA. ¡Qué cuentas, ni qué embolismo!
Desde allí las he escuchado;
¡la vieja es un basilisco!
¡Qué consejos da á la niña!
Ya, ya... ¡pobre señorito!

BRAULIO. No, señorita dirás...

MARTA. No señor...

BRAULIO. ¡Oiga!... ¿salimos
con que no es muger ahora
la niña?

MARTA. Sí tal; lo digo
por el señorito Enrique.

BRAULIO. Acabáras.

MARTA. ¡Pobrecillo!

BRAULIO. Pues, ¿qué le sucede?

MARTA. Nada,
que amando con tal delirio
á la señorita Rosa,
no es su amor correspondido:
que con él se va á casar
nada mas que porque es rico,
y, como dice la vieja,

porque es franco y muy novicio;
y aunque su padre ha negado
para la boda el permiso,
le van á comprometer
y á engañarle como á un chino.
¿No le parece á usted que esto
es atroz?

BRAULIO. ¡Oh!... ¡es inaudito!!

MARTA. ¿Y qué debemos hacer?

BRAULIO. ¿Nosotros? es muy sencillo.

MARTA. ¿Revelar á don Enrique?...

BRAULIO. ¡Bobada!... cerrar el pico,
y que ellos allá se entiendan.

MARTA. Pero, don Braulio, ¡por Cristo!...

BRAULIO. Aquí no hay Cristo que valga;
¿meternos en laberintos
sin que nos vaya ni venga,
y en chismes y compromisos...
¡Quita allá!... que solamente
de pensarlo me horripilo.

MARTA. Es una maldad.

BRAULIO. Que sea;
nosotros no hemos nacido
para hacer de redentores
en este mundo tan pícaro.
Tú eres, Marta, muy piadosa;
sélo en buenhora contigo,
pero no te apuren nunca
los negocios del vecino.
Deja tú que bueno ó malo
cada cual siga su instinto,
y que gasten y que triunfen...
ó se rompan el bautismo...
¡Sí!... que al fin para nosotros
todo va por un camino.

MARTA. Tiene usted mucha razon.

BRAULIO. ¡No he de tener!... (*Ruido de un carruaje.*)
Ese ruido...

MARTA. (*Dirigiéndose al balcon.*)
Es un coche... si será...
justamente, el señorito.
Y viene un joven con él...

no conozco...
BRAULIO. Algun amigo.
MARTA. ¡Anda! cajas y bandejas...
BRAULIO. ¿Qué dices?
MARTA. ¡Ah!... ya adivino...
regalos para la novia;
es decir que...
BRAULIO. ¡Cabalito!
Boda tenemos...
MARTA. (*Se retiran del balcon.*) ¡Qué lástima!
BRAULIO. Chiquita, lo dicho dicho:
hablando no te creerán;
callándote, es facilísimo
que á vueltas de este consorcio
atrapes un buen vestido.

ESCENA V.

DON ENRIQUE. DON CÁNDIDO. BRAULIO. MARTA.
CRIADOS *con cajas y bandejas cubiertas.*

ENRIQUE. ¿Y las señoras?
BRAULIO. Están
de paseo.
CÁNDIDO. ¡Oiga!
ENRIQUE. Dispon
que entren en su habitacion
todo eso.
BRAULIO. Voy.
(*Vase con los criados por la izquierda.*)
CÁNDIDO. ¡Uf! ¡qué afan!
¡lo que el calor mortifica!...
Aunque el camino no es largo,
y está bueno, sin embargo,
el polvo... (*Mirando á Marta con el lente.*)
¡No es mala chica!
ENRIQUE. Puede ser que en el jardin
estén.
CÁNDIDO. Sí; mas, descansemos,
y despues las buscaremos...
Escúchame, serafin;

¿Cómo te llamas?

MARTA. Señor,
Marta.

CÁNDIDO. ¡Calle!... ¿la piadosa?
¡Oh!... si lo eres como hermosa
serás el non plus...

MARTA. Favor
que usted me dispensa...
(*Queriendo abrazarla.*) ¡Qué!...

CÁNDIDO. Hija mia, estoy sediento;
con que dame...

MARTA. (*Zafándose.*) ¿Agua?... al momento,
sí señor...
(*Vase precipitadamente por el fondo.*)

CÁNDIDO. La mareé.
(*Salen de la izquierda los criados y se van por el fondo.*)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE. DON CÁNDIDO.

ENRIQUE. ¡Cándido!

CÁNDIDO. ¡Vá!... no te alteres.

ENRIQUE. ¿Ya principias?... ¡Qué manía!...

CÁNDIDO. ¡Qué diablos! ¿Es culpa mia
ser imán de las mugeres?

ENRIQUE. ¡Qué imán, ni qué calabaza!

CÁNDIDO. ¿Qué quieres? este es un don...
tengo yo cierta atraccion...
y me doy tan buena traza...
¡no!... con tiempo te lo digo
por si despues sucediese...
quiera Dios que no te pese
haber venido conmigo.

ENRIQUE. ¡Hola!... ¿por qué?

CÁNDIDO. Porque sí;
el decírtelo me agobia...
pero, chico, si tu novia
se enamorase de mí...

ENRIQUE. ¡Oh! ¡Cuán poco la conoces!
¡es un muro!...

CÁNDIDO. Sí señor;
pero en materias de amor
se han visto cosas atroces;
porque en fin...

ENRIQUE. Si no tuviera,
buen Cándido, otro cuidado,
con ese, muy descansado,
sí, muy tranquilo estuviera.
Pero, ¿qué le hemos de hacer?
de mi padre el genio adusto
no ha querido darme gusto;
no le pude convencer:
se opone á mi matrimonio,
y por no desesperarme...
lo he resuelto, he de casarme
aunque me lleve el demonio.

CÁNDIDO. Buen remedio, chico...

ENRIQUE. Sí;
¡negarme tan obcecado
lo que tanto he demandado...
y yo, que su ídolo fuí...
¡Vaya! ¡es mucha terquedad!...
Pues nos veremos las caras...

CÁNDIDO. ¿Con que fuera te declaras
de la patria potestad?
¡Bravo!

ENRIQUE. Lo manda mi estrella;
no puedo hacer otra cosa:
adoro á mi linda Rosa,
y nada quiero sin ella.
¡Oh! si mi padre tirano
conociera la bondad
de mi hechicera beldad...
no fuera tan inhumano.
Mas ya que tanto se irrita,
y rechaza á mi consorte...
hoy al salir de la corte
le dejé una carta escrita,
y al paso que ella le esplique...
me caso, Cándido amigo;
me servirás de testigo...

CÁNDIDO. De lo que quieras, Enrique.

seguro dispon de mí:
á ser, en esta diablura,
testigo de tu ventura,
para eso he venido aquí.
¡Nada, chico, independencia!
mejor, cuanto mas avances...
Me muero por estos lances
de trastorno, de violencia.
¡Tu padre!... ¡Si es mucho cuento!
cuando da en una mania,
piensa que está todavia
mandando su regimiento.
Él perderá la esperanza
cuando ya casado estés...
y no ha de venir despues
á aplicarte la ordenanza.
Al contrario; es muy probable
que al saber que eres marido,
y al verte reproducido
y... se muestre mas amable.
¡Enrique! á mudar de estado...
(*Ruido de un carruage.*)

ENRIQUE. ¡Calla!... ese ruido que oi...
¿no es de un coche?

CÁNDIDO. Un coche, sí...

ENRIQUE. ¿Y pára?

CÁNDIDO. Sí, se ha parado.

ENRIQUE. (*Dirigiéndose al balcon.*)
¿Quién será?

CÁNDIDO. (*Siguiéndole.*) Desde el balcon...

ENRIQUE. (*Retirándose del balcon.*) ¡Oh!...

CÁNDIDO. (*Lo mismo.*) ¡Ah!

ENRIQUE. ¡Mi padre!

CÁNDIDO. Nos raja...
(*Volviendo á asomarse.*)
¡Oiga!... ¡qué listo que baja
del carruage el seteton!
Pues señor, ¡aquí fue Troya!

ENRIQUE. ¡Qué compromiso!... ¡Qué haré!...

CÁNDIDO. Chico, al paso le saldré,
y haré frente á esta tramoya.

ENRIQUE. ¡Ya sube!...

CANDIDO. Detrás de mí
ponte, ¡vivo! hácia este lado...
ENRIQUE. Antes de tiempo le han dado
mi carta...
CANDIDO. ¡Chit!...
ENRIQUE. Ya está aquí.

ESCENA VII.

DON PEDRO. DON ENRIQUE. DON CÁNDIDO.

PEDRO. ¡Vaya!... por lo que se ve,
no hay gentes esta casa.
CANDIDO. ¡Uif! que sin vernos se pasa...
PEDRO. Pues, señor, me sentaré:
daré descanso á mis remos,
que bien ganado lo tienen, (*Saca la caja.*)
y mientras las damas vienen,
vaya un polvo y descansemos.
CANDIDO. Voy allá.
ENRIQUE. (*Deteniéndole.*) ¡No!... por favor...
CANDIDO. Déjame tú hacer á mí...
PEDRO. (No anda muy lejos de aquí
el botarate...)
CANDIDO. (*Acercándose.*) ¡Oh!... señor...
PEDRO. ¡Calle! ¿Usted, caballerito,
anda tambien por ahí dentro?
CANDIDO. Yo en todas partes me encuentro;
si señor; venga un polvito.
PEDRO. Con que, ¿en todas partes, eh?
CANDIDO. Si con el viento me igualo
no exagero... nada malo
hay en esto.
PEDRO. Ya se vé.
CANDIDO. (¡Pues si está de buen humor!
Aquí de un golpe ingenioso.)
El campo está delicioso,
esta es la estacion mejor...
Cuando empiezo los rigores
dal can ardiente á sentir,
don Pedro, no sé vivir

sino entre arroyos y flores.
PEDRO. Por eso habrá usted venido...
CANDIDO. Cabal, sí señor, convengo...
PEDRO. Pues yo vengo... á lo que vengo.
CANDIDO. ¡Ya!
PEDRO. Pues.
CANDIDO. Sí.
PEDRO. ¿Qué?
CANDIDO. Está entendido.
PEDRO. No, me parece que no
ha entendido usted...
CANDIDO. ¿No? ¡Zape!...
¡Oh!... la que á mí se me escape...
PEDRO. Pues esta se le escapó.
CANDIDO. ¡Cá!... lo que yo no consiga...
tengo yo acá cierto modo
de...
PEDRO. Pues, amigo, con todo...
CANDIDO. ¿Quiere usted que se lo diga?
PEDRO. Bueno.
CANDIDO. Si ha de ser al fin,
cuanto mas pronto... usted viene
á hacer aquí una que suene...
¡pues!... una de San Quintin.
PEDRO. ¡Já, já!... ¿se ha desengañado?
¿ve usted como no entendió?...
CANDIDO. ¿Qué dice usted? ¿Con que no?
¿con que estaba equivocado?
(*Haciendo señas á Enrique para que se acerque.*)
PEDRO. Sí señor.
CANDIDO. ¡Quién lo creyera!...
Pues, mire usté, en ello dí...
¡Pero, qué!... vamos, creí
que estaba usté hecho una fiera.
PEDRO. Los ojos de usted ya ven...
CANDIDO. (*Repite la seña, y se acerca Enrique muy poco á poco.*)
¡Oh, padre amoroso y tierno!
¡Debe usted de ser eterno
por siempre jamás amen!
PEDRO. Gracias.
CANDIDO. ¡Ah! ¡qué corazon!

:

Usted tiene ciertos dias
sus prontos y sus manias...
pero es usted bonachon.

PEDRO. Eso sí.

CANDIDO. ¿Todos amigos,
eh?...

PEDRO. Pues.

CANDIDO. ¡Bravo! me acomoda...
seremos en esta boda
en vez de uno, dos testigos.

PEDRO. Y doscientos; ¿por qué no?
Como todo lo descuidan,
ya que ellos no me convidan,
vengo á convidarme yo.
¿Cree usted que me admitirán?

CANDIDO. ¡Si tuviera yo tan ciertos!...
¡Uf! con los brazos abiertos
á usted le recibirán.

PEDRO. Como el chico no...

CANDIDO. El temor
le detuvo, es cosa clara...
mas vuelva usted esa cara...

PEDRO. (*Lo hace, y ve á don Enrique que se arroja á sus pies.*)
¡Hola, mocito!

ENRIQUE. ¡Señor!...

CANDIDO. ¡Oh! ¡qué elocuencia la mia!
por ella... pese á mi afan,
reina entre padre y galan
la mas completa armonía.

ENRIQUE. Apenas lo que estoy viendo
me atrevo á creer...

PEDRO. Pues sí.

CANDIDO. Agradécemelo á mí;
¡oh! ya te irás convenciendo...

PEDRO. Yo he cumplido, ya lo ves:
te aconsejé lo mas justo,
pero, tú... bueno, haz tu gusto,
mas... no te quejes despues.

ENRIQUE. Tal desventura no espera
mi corazon, padre mio;
á la que dí mi albedrio...

¡Oh! ¡si usted la conociera!
PEDRO. Y ¿adónde está tu futura?
¿cómo es que aquí no la veo?
ENRIQUE. En el campo, de paseo...
CANDIDO. ¡Verá usted que criatura!
PEDRO. ¿Usted la conoce?
CANDIDO. No...
pero no aventuro nada...
ENRIQUE. Esta dicha inesperada
vuelo á anunciarle...
CANDIDO. Sí; y yo.
ENRIQUE. Verá usted lo que se alegra...
CANDIDO. Yo espero que á usted le cuadre...
ENRIQUE. Voy, voy por la novia, padre.
CANDIDO. Pues yo voy por la consuegra.

ESCENA VIII.

DON PEDRO.

¡Hum!... carrera de baquetas
mejor empleada... ¡Voto
á los diablos!... que en mi vida
he visto un par de galopos
como estos dos angelitos.
¿Eh? si de prisa no corro,
dicho y hecho; se celebra
en dos por tres el consorcio.
Pero fortuna que yo
no soy como ellos visoño,
y no es facil que esas damas
con su charla y con su tono
me derroten por el flanco,
(*Saca la caja.*)
ni... ¡ja, ja, ja!... vaya un polvo.
Veremos si los informes
que traigo, aqui corroboro,
y entonces, tambien veremos
quién es el que hace negocio.
Entretanto, disimulo,
cachaza y abrir el ojo.

ESCENA IX.

DON PEDRO. BRAULIO.

BRAULIO. (*Saliendo por la izquierda.*)
Ya queda todo arreglado:
vamos á ver si dispongo...
(*Tose don Pedro.*)
¿Aqui gente?... Este señor
¿quién será?... no le conozco...
vamos á ver... ¿Caballero?
perdone usted...
PEDRO. (*Distraido.*) No perdono...
¡Ah!... ¿qué se le ofrece, amigo?
BRAULIO. Mas... ¡qué es lo que ven mis ojos!
¿no es al señor coronel
don Pedro Rojas de Osorio?
PEDRO. Al brigadier de ese nombre.
BRAULIO. Perdone usia...
PEDRO. Perdono.
BRAULIO. Al verle, mi brigadier,
me entusiasmo y me remozo.
PEDRO. ¿Acaso usted ha servido?
BRAULIO. ¡Toma! si hice el año de ocho
la campaña con usia,
y fuí su asistente...
PEDRO. ¡Cómo!...
BRAULIO. Y despues cabo dragon...
PEDRO. Con que eres tú...
BRAULIO. Braulio Orozco;
y estuve en Bailen...
PEDRO. Sí, sí,
recuerdo... mas, ¿quién demonios
te habia de conocer
de paisano y tan orondo?
BRAULIO. Sí señor; con esta vida
me he puesto de tomo y lomo...
pero usia está lo mismo
que antaño... un poco canoso...
PEDRO. Pues: pero, ¿qué haces tú aquí?

BRAULIO. Servir, como siempre, y pongo
á las órdenes de usia
mis destinos... ¡Oh! sí, todos,
agente y demandadero,
y portero y mayordomo.
PEDRO. ¡Bueno!
BRAULIO. Mas, ¿cómo es que usia
ha venido á darme el gozo
de mirarle...
PEDRO. ¿Pues no sabes
que soy el padre del novio?
BRAULIO. ¡El padre de don Enrique!...
PEDRO. El mismo.
BRAULIO. ¡Gallardo mozo!
PEDRO. ¿No es verdad que es un gran chico?
BRAULIO. ¡Oh! sí tal.
PEDRO. Pues al negocio.
Él se ha empeñado en casarse;
yo á estas gentes no conozco,
y antes de dar un gran paso,
es necesario que á fondo
me enteres de sus costumbres,
su clase... y en fin, de todo.
BRAULIO. Mi brigadier, yo... es verdad
que estoy aquí... pero, ignoro...
quiero decir, que no estoy...
(¡Válgame san Juan Crisóstomo!)
en todos los pormenores,
que á lo menos... por de pronto,
y así... como por encima...
por lo demas yo supongo
que estas damas son señoras
de... ¡oh! son limpias como el oro...
y el genio... vamos, el genio,
no es muy malejo del todo.
PEDRO. Escucha, ¿recuerdas, Braulio,
que allá por el año de ocho
te arrimaba cada felpa
que bailabas el zorongo...
BRAULIO. ¡Friolera! ¿Que si me acuerdo?
Ya se vé, yo era tan topo...
y usia me aturrullaba

tanto con aquellos prontos...

PEDRO. Pues mira; si hablas clarito,
sin rodeos, sin embrollos,
la recompensa que quieras
desde luego te la otorgo.
Mas si te andas con misterios,
y te haces conmigo el zorro,
y el que no sabe...

BRAULIO. Si...

PEDRO. Atiende;
con este baston te rompo
cuatro costillas.

BRAULIO. Señor...
¡Mi brigadier!!

PEDRO. Nada, no oigo.
Ya sabes como las gasto.

BRAULIO. Mas, señor, antes que todo
soy leal, y no murmuro
de quien...

PEDRO. Bien; ego te absolvo.

BRAULIO. Repare usia que al fin
es de ellas el pan que como.

PEDRO. ¿Es decir que nada bueno
puedes contar en su abono?

BRAULIO. Mucho, mucho... lo que es mucho...

PEDRO. ¿Qué es gente de trampantojos?

BRAULIO. Así, una cosita así.

PEDRO. ¿Interesadilla?

BRAULIO. Un poco.

PEDRO. ¿Y todo aqui, segun eso,
andará manga por hombro?

BRAULIO. Pero, ¿quién le ha dicho á usia?...
cuidado, que estoy atónito...

PEDRO. ¿Y al chico le han mareado
con suspiros y piropos?

BRAULIO. ¡Ja, ja, ja!... Mi brigadier;
¡ja, ja!... ¡es usia el demonio!

PEDRO. Y esta casita de campo,
¿de quién es?

BRAULIO. ¡Toma! del novio.

PEDRO. ¡Oiga!

BRAULIO. Qué, ¿ignoraba usia

que la ha comprado...

PEDRO. ¡Famoso!
El bribon ha saqueado
mi dinero... ¡Buen espolio!

BRAULIO. ¡Es posible!... Yo creí...
Pero, ¡por san Pedro Apóstol!...

PEDRO. Corriente; ya sé bastante;
lo que resta, mi buen ojo...

BRAULIO. Pero yo no he dicho nada
que...

PEDRO. Verás cómo me porto.

BRAULIO. ¡Por la Virgen!...

PEDRO. No hay cuidado;
puedes contar con mi apoyo
si tú me prestas el tuyo..

BRAULIO. Con alma y vida. (*Rumor lejano de voces.*)
Ya oigo
á las señoras... ¿Qué haremos?

PEDRO. Lárgate, déjame solo.

BRAULIO. Mi brigadier, á la orden...

PEDRO. Oye, delante de todos,
ni yo te conozco á tí,
ni me conoces tampoco.

(*Braulio saluda y se retira por el fondo; izquierda.*)

ESCENA X.

DON PEDRO. (*Tomando un polvo.*)

Bueno, bueno; esto va bien:
ya los informes tenemos,
y solo falta... veremos
quién engaña mas á quién.
Tambien es casualidad
encontrar á Braulio aquí,
cuando há mil años creí
que estaba en la eternidad.
Ya llegan... con pulso ahora,
porque el peligro es mayor.

ESCENA XI.

DON PEDRO. ROSA. DOÑA GERTRUDIS. DON CÁNDIDO. DON ENRIQUE. *Éste dando el brazo á Rosa, y aquel á doña Gertrudis.*

CANDIDO. Aquel es.
ENRIQUE. Padre...
ROSA. Señor...
GERTRUDIS. Amigo mio...
PEDRO. Señora...
CANDIDO. Señor don Pedro, ¿qué tal?
Presento á usted este cielo
tan hermoso, y al modelo
del cariño maternal.
PEDRO. Con efecto; fue buen tino
escoger belleza tanta...
y esta señora me encanta
por su frescura...
GERTRUDIS. ¡Qué fino
es usted, y qué galan!...
PEDRO. Señora, en mí no hay malicia,
y hacer á todos justicia
ha sido siempre mi afan.
Bien; estoy muy satisfecho,
Enrique, de tu eleccion:
es muy linda... ¡picaron!
ya sabes lo que te has hecho.
ENRIQUE. ¡Ah! ¿no se lo dije á usté?
CANDIDO. (*Pasa al lado de don Pedro mientras Gertrudis se reune con Rosa.*)
¿No le dije que era hermosa?
cuando yo digo una cosa
es artículo de fé.
GERTRUDIS. (*Bajo.*) Chica, es un alma de Dios;
de esta hecha subes al trono...
habla, y date mucho tono...
PEDRO. Sereis felices los dos.
Yo, al menos diré de mí,
aunque esto es mucha perfidia,

Enrique, que tengo envidia...

ENRIQUE. ¡Envidia! ¿De quién?

PEDRO. De tí.

GERTRUDIS. ¡Jesus, qué galanteria!

PEDRO. Pues, señora, es la verdad.

ROSA. ¡Oh! su escesiva bondad
me confunde...

PEDRO. No, hija mia.

ROSA. Ya no espero mayor bien;
hija suya me nombró.
Soy feliz.

ENRIQUE. Y yo.

GERTRUDIS. Y yo.

CANDIDO. Y yo.

PEDRO. Pues, señores, yo tambien;
que por mí no ha de quedar.
Ya vereis cuando eche el resto...

ESCENA XII.

DON PEDRO. ROSA. DOÑA GERTRUDIS. DON ENRIQUE. CÁNDIDO. MARTA.

MARTA. Está el almuerzo dispuesto.

GERTRUDIS. Pues á almorzar.

ENR. Y CAND. A almorzar.

(*Ambos ofrecen el brazo á Rosita, se interpone don Pedro, y ella lo acepta.*)

PEDRO. ¿Cómo es eso? No señor;
me toca á mí...

ENRIQUE. (*Dando el brazo á doña Gertrudis.*)
Y yo lo alabo.
¿Usted?...

GERTRUDIS. Vaya.

CANDIDO. (*Por el otro lado.*) El otro... ¡Bravo!

PEDRO. Bien; guiad al comedor.

CANDIDO. ¡Oh! gran porvenir divisas.

ENRIQUE. (*Marchando ya hácia el fondo.*)
Hoy por fin ya se declaran.

PEDRO. (*Siguiéndolos.*) (Ya vereis en lo que paran
dentro de poco estas misas.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

BRAULIO.

Ruido dentro de copas, carcajadas y voces entre las que se distingue la de don Cándido acabando de cantar.

¡Anda... duro!... si parece,
segun el ruido que arman,
que una legion de demonios
se ha hospedado en esta casa.
El buen don Pedro ha creido
que está haciendo la campaña,
y se entrega á los desórdenes
como en los tiempos de marras.
Señor brigadier, ¡cuidado!
no se meta usia en danzas,
que, como yo, cuenta usia
treinta años en cada pata.
Ya se ve, los militares
tenemos un temple de alma,
y un espíritu, y un fuego...

ESCENA II.

BRAULIO. MARTA.

MARTA. ¿Señor Braulio?
BRAULIO. Aqui estoy, Marta.
¿Se les ha acabado el vino?
diles que no hay mas champaña...
MARTA. No señor, no quieren mas...
porque ya no pueden...
BRAULIO. Gracias
á Dios...
MARTA. Lo que quieren es
que mande usted sin tardanza
que enganchen el carruaje
del señor mayor...
BRAULIO. ¡Se marcha
tan pronto á Madrid!... ¿pues cómo?...
¿qué ha sucedido?
MARTA. ¡Cachaza!
si me dejara usté hablar...
Es que toda la comparsa,
despues de almorzar, va á ver
los jardines de la casa
de campo de la condesa
del Bosque...
BRAULIO. Una legua larga...
muy bien pensado; con eso
mientras dura la jornada
se despejarán...
MARTA. ¡Jesus!...
¡qué alborotar, y qué zambra!
y ¿sabe usted que he notado
que durante la algazara
ese... don Cándido...
BRAULIO. Sí.
MARTA. No se ha descuidado?...
BRAULIO. ¡Calla!
MARTA. ¡Qué! si parece mentira
lo que entre estas gentes pasa.

¿Qué dirá usted, señor Braulio,
que ha hecho?...

BRAULIO. La cosa es clara:
tragar, beber, achisparse...
todo eso no vale nada.

MARTA. Y obsequiar á las señoras,
y á la niña... ¡virgen santa!
secreticos á la oreja,
y cuando no lo notaban
le flechaba unos ojazos...
¡ay, don Braulio!... ¡qué miradas!

BRAULIO. ¡Y qué!... todo eso... qué! vamos;
eso no es mas que una chanza...

MARTA. ¡Buenas chanzas nos dé Dios!...
Cuando tan cerca se halla
de casarse, ser debiera
un poco mas recatada.
Y el otro... ¡miren qué amigos!

BRAULIO. Qué quieres, chica; asi anda
el mundo y ha andado siempre;
mas, tú de todo te espantas...
No hay amigo para amigo
cuando de amores se trata,
y se han visto y se ven cosas...
y nadie en ellas repara,
porque el uso, la costumbre
les ha dado carta blanca...
¡pues!... cada cual á su asunto;
Nunca olvides mis palabras.

MARTA. ¡Qué conciencia tiene usted!

BRAULIO. De mayordomo, muy ancha.

MARTA. Ya se conoce, don Braulio.
Voy á sacar de las cajas
los gorros...

BRAULIO. ¡Oh!... mi esperiencia...

MARTA. Alguien se acerca.

BRAULIO. Adios, Marta.
(Diré al cochero que enganche,
y al brigadier lo que pasa.)

(*Vanse Braulio por el fondo y Marta por la izquierda. Sale don Cándido por el frente con el chaleco desabrochado y la corbata suelta.*

ESCENA III.

DON CÁNDIDO.

¿No lo dije?... ¡si lo dije!...
es mucha sal, mucha gracia
la que el Hacedor me ha dado...
ya la dejo mareada...
mareada, sí señor,
y como la cera blanda...,
si en diciendo yo agua va,
no hay remedio, allá va el agua.
¡Digo!... y no soy responsable
de las resultas... ¡caramba!
se lo advertí; mi conducta
no ha podido ser mas franca.
Nos hemos juntado un par...
¡Oh! la chica es una alhaja;
es digna de mí... sí, en toda
la estension de la palabra.
¡Qué penetracion!... apenas
en juego puse mis armas
la infeliz enarboló...
y ¿qué hacer?... bandera blanca.
Lo peor es que la vieja
ha dado en hacer monadas
y en convertir, motu propio,
mis finezas en sustancia...
¡Qué diablos!... no hay que apurarse,
venga gente, vengan damas...
mi corazon es un omnibus
y para todas hay plaza.
Yo en estos casos me dejo
llevar asi de...

ESCENA IV.

DON CÁNDIDO. MARTA *por la izquierda.*

MARTA. ¡Ah!
CÁNDIDO. ¡Marta!
¡Martita del corazon!
dulce consuelo de un alma...
MARTA. Vamos, no se acerque usted;
no gusto de manos largas...
CÁNDIDO. ¡Niña!... depon ese enojo,
si aqui tan solo se trata
de hacerte feliz...
MARTA. Por eso;
lo soy bastante, mil gracias.
CANDIDO. ¿Que lo eres bastante dices?
¿sabes tú, desventurada,
lo que es ser feliz?
MARTA. No sé,
ni me importa; á un lado se haga,
que voy á ver si se avian...
CANDIDO. ¡Oh!... no; por aqui no pasas
sin que pagues el tributo
y todas las alcabalas...
MARTA. Pues bueno, no pasaré.
CANDIDO. Es que llevaré mi planta
asi pasito á pasito
hasta donde tú te hallas...
MARTA. Y le tiro á usté un demonio
y escandalizo la casa....
CANDIDO. ¡Cómo es eso! ¿te resistes
á la superabundancia
de mi poder y elocuencia,
mal aconsejada fámula?

(*Se dirige hácia Marta*; *esta se retira por donde mismo salió*, *cerrando la puerta á tiempo que va á entrar don Cándido.*

Ahora veremos si tú...
MARTA. Pues mírelo usted.
CANDIDO. ¡Ah, bárbara!

ESCENA V.

DOÑA GERTRUDIS. DON CÁNDIDO.

GERTRUDIS. ¿Qué es esto?
CANDIDO. Nada, señora...
GERTRUDIS. ¿Cómo nada?... ¿y ese golpe...
CANDIDO. ¿El golpe?... yo diré á usted...
algunas veces los hombres...
á la manera de un rio
que baja desde los montes
y sin cauce en la llanura...
¡pues! y como usted conoce...
GERTRUDIS. Se dilata...
CANDIDO. Justamente....
GERTRUDIS. ¡Ah qué jóvenes! ¡qué jóvenes!
¡Retozar con las criadas...!
¡Jesus... Jesus... qué desórden!
CANDIDO. ¡Calle usted, que ese es un crímen...
sí tal de los mas atroces!
Por mucho que usted se empeñe
no es facil que yo perdone...
¡Retozar con las doncellas?...
cuando uno ha visto otros soles
que vierten desde esta esfera
sus rayos deslumbradores.
GERTRUDIS. ¡Lisonjero!...
CANDIDO. ¡No señora!
GERTRUDIS. ¡Atolondrado!...
CANDIDO. Conformes;
eso sí; calaverilla...
ya ve usted, siempre en la corte...
GERTRUDIS. Corriendo aventuras...
CANDIDO. ¡Ps!...
señora... ¿quien no las corre?...
GERTRUDIS. Y será usted por lo mismo
afortunado en amores...
no habrá muchas que resistan...
CANDIDO. Aunque eso á mí no me toque
decirlo...

GERTRUDIS. ¡Ya!
CANDIDO. Y mire usted,
aunque he sido de los hombres
mas dichosos... no he dejado
de tener mis sinsabores...
¡Oh!... desengaños terribles.
GERTRUDIS. ¿De veras?
CANDIDO. Lo que usted oye.
Porque ustedes... las bellezas,
las damas de primer orden,
son confusos laberintos...
¡oh!... muy intrincados, en los que
apenas se entra, se pierde
el tino... es decir, el norte...
Ustedes... en fin, señora...
GERTRUDIS. Candidito, usted perdone;
pero me confunde usted
con las niñas...
CANDIDO. Con los dioses...
y con los ídolos chinos...
ya que en el caso me pone,
la confundiera...
GERTRUDIS. ¡Jesus!...
¡Jesus!... ¡qué comparaciones
ha ido usted á buscar tan...
no haga usted que me sonroje...
CANDIDO. (¡Maldita seas!) ¡Señora!
aqui la piedra de toque
es la verdad, y ante ella
es preciso que se postren
sociales ridiculeces
y necias preocupaciones.
Confieso á usted que no sé...
¡vaya! es fuerza ser muy torpe
para dar la preferencia
á esa juventud informe...
esas muchachas que juzgan
que todo les corresponde
porque en el abril se encuentran
de la edad... ¡vea usted qué errores!
veleidad, inconsecuencia,
desdenes, tribulaciones...

no, no estoy por el abril,
estoy, aunque usted se asombre,
por julio, ¡por la canícula!...
qué quiere usted, aprensiones.

GERTRUDIS. ¡Oh... incomparable don Cándido!
¡qué talento! ¡qué resortes
toca usted tan oportunos
para avasallar á un pobre
corazon...

CANDIDO. Señora mia,
soy tan franco... y ¡qué demontre!
cuando uno almuerza tal cual
y despacha diez ó doce
botellas con cuatro amigos,
no se alambican razones,
se dice lo que se siente...
lo mismo en París que en Londres.
El vino, señora, el vino...
casi diviniza al hombre.

GERTRUDIS. No obstante lo que usted dice,
yo tengo acá mis temores
de que cuando llegue el tiempo
de que el licor se evapore,
el viento cambie de rumbo
y usted entonces...

CANDIDO. Entonces
diré lo mismo que ahora:
yo soy mas firme que un roble...
si no por constitucion...

GERTRUDIS. ¿Con que acordes?

CANDIDO. Siempre acordes...
(¡Of!... esto sí que se llama
mentir hasta echar los bofes...)

GERTRUDIS. (Se casa Rosita, y yo
sin saber cómo ó por dónde...)

CANDIDO. (*Mirando por la puerta del fondo.*)
Ya salen del comedor,
y traen el viejo á remolque
nuestros hijos... ¿eh? Gertrudis...

GERTRUDIS. ¡Admirable!... ese es un golpe...

(*Sale don Pedro dando el brazo á Rosita, y apoyado en el de don Enrique.*)

ESCENA VI.

DON PEDRO. ROSITA. DOÑA GERTRUDIS. CÁNDIDO. ENRIQUE.

PEDRO. ¡Eso, eso!... al campo, á correr
y á saltar á troche y moche.
(*A Rosita*)
Tú y yo iremos en el coche...
¿eh?... por el bien parecer.
ENRIQUE. ¿No es mejor...
PEDRO. Calla te digo:
tú déjame á mí arreglar...
mientras no vaya al altar,
conmigo, siempre conmigo.
¿Qué decís á esto, Rosita?
ROSA. Eso mismo digo yo.
(*A Enrique.*)
PEDRO. ¿Lo estás oyendo? ¡pues no!
¿con que lo mismo? ¡ah bendita!
La verdad; con lo que dices
y con estar á tu lado,
me siento tan remozado...
¡vamos á ser muy felices!
¿Me querrás mucho, alma mia?
ROSA. Con todo mi corazon.
PEDRO. ¡Eso es hablar en razon!
ROSA. Hallo tanta simpatia
en lo que usted dice y hace,
que de uno en otro momento
crecer el cariño siento... (*Siguen aparte.*)
(*Á Enrique.*)
CANDIDO. ¡Chico! Requiescat in pace...
ENRIQUE. Bromas...
PEDRO. ¡Si! me haces justicia...
¡qué muchacha!... ¡voto á Brios!...
¡dame un abrazo!...
ROSA. Y aun dos.
PEDRO. (*A Enrique.*) Esto no tiene malicia.
CAN. y GER. ¡Ja, ja, ja!

GERTRUDIS. ¡Lo solemnizo!
¡Qué humor! ¡cómo nos mintieron
los que de usted nos dijeron
que era un huron, un erizo.

PEDRO. No señora, ¡qué he de ser!...
ya está usted viendo que yo
soy un hombre comm'il faut...
pues aun le falta que ver.
A jovial nadie me gana.
¿Hurón yo?... cuando me enojan...
mas yo soy de los que arrojan
la casa por la ventana.
Poquito habré yo... ¡pardiez!
en este mundo corrido;
y quien tuvo... eso es sabido,
guardó para la vejez.
Ya verá usted, ya verá
la que aqui dentro de poco
se va á armar... ¡oh! yo estoy loco
de contento; ¡bueno va!
Serafin de serafines,
el tiempo se va pasando,
y nos estan esperando
esos májicos jardines...
conque, vaya; en movimiento
irse poniendo...

ROSA. Muy bien;
voy á aviarme...

GERTRUDIS. Y yo tambien;
eso es cosa de un momento.

CANDIDO. Si de algo, Rosita bella,
sirvo á usted ó á esta señora...

ROSA. Muchas gracias.

GERTRUDIS. Por ahora
nos basta con la doncella.

ROSA. (¡Qué oportuno y qué travieso!)

GERTRUDIS. (Es mas fino que un coral.)

(*Vanse por la izquierda.*)

ESCENA VII.

DON PEDRO. DON CÁNDIDO. DON ENRIQUE.

PEDRO. (Se va poniendo tal cual
este intrincado proceso.)
Pues señor; como decia,
estoy... aunque estuve en ascuas,
alegre como unas pascuas...
ENRIQUE. Eso llena el alma mia
de inesplicable placer,
porque no esperé en verdad
vencer la tenacidad
y aquel enojo de ayer...
CANDIDO. Sí, despues de tanta historia...
vamos, me he quedado estático...
(es fuerza ser diplomático.)
Vais á estar como en la gloria,
porque tú y ella sois dos...
es decir, un par... de ovejas,
y no habrá riñas ni quejas...
tal creo... mediante Dios...
PEDRO. Nadie sabe...
CANDIDO. ¡Oh! ya se vé...
PEDRO. En cosas del porvenir...
CANDIDO. Sí, nadie puede decir
de este agua no beberé.
PEDRO. Y yo no diré que no...
mas pudiera algo cruzar
que llegara á perturbar...
CANDIDO. (Como por ejemplo yo.)
ENRIQUE. Señores... ¡eh! no pensemos
en lo que ha de suceder...
porque eso aun está por ver
y es ponerse en los estremos...
no formad tales juicios
sobre mi futuro enlace:
¿qué ha de pasar cuando se hace
bajo tan buenos auspicios?
PEDRO. Dice muy bien, sí señor,

tiene razon que le sobra...
nada, manos á la obra,
y eso será lo mejor.
¿Eh? ¡magnífico!... ¡ja... ja!...
cuando yo digo y repito
que estoy gozando infinito,
razon tengo... ¡ello dirá!
Vereis qué pronto se arregla...
Pero antes de todo, quiero,
ya que caso á mi heredero,
¿estamos? casarlo en regla.
Y no hay que hacer reflexiones,
porque no he de oir ninguna;
para eso tengo fortuna,
para eso tengo millones.
Quiero que haya sociedad,
quiero que nada se tase,
quiero que el chico se case
con toda solemnidad.
Y que haya baile tres dias,
y serenata, y bureo,
y jaranita y jaleo,
y estrepitosas orgias...
¡Sí!... que no siempre se ofrecen
ocasiones de jarana...
quiero echar fuera una cana;
los novios se lo merecen.
¿Qué decís?

Candido. Muy bien resuelto.

Enrique. Muy bien pensado, señor.

Pedro. Con que sí, ¿eh?

Enr. y Can. ¡Sí!

Candido. (¡Mejor!
yo en tanto á rio revuelto...)
Nos vamos á divertir
de lo lindo...

Pedro. Allá veremos...
solo falta que nos demos
traza para conseguir...
¡Ah!... bravísimo; aqui está...

Enr. y Can. A ver...

Pedro. Los primeros pasos...

¡tengo yo para estos casos
una cabeza... que ya!

ENRIQUE. Sepamos...

PEDRO. Esto ha de ser.
Te vas á Madrid...

ENRIQUE. ¡Yo!

PEDRO. Sí,
para que arregles allí
todo lo que es menester.
¿Quién mejor que tú lo hará,
y con mayor diligencia?
eres novio, y la impaciencia...

CANDIDO. Justamente.

PEDRO. ¡Claro está!
Esto discusion no admite;
te largas, y en un momento
dispones tu casamiento,
las esquelas de convite:
que gaste mi apoderado
cuanto juzgues conveniente
para asombrar á la gente;
y en dejándolo arreglado,
te vuelves, y en compañia
todos nos vamos allá,
te casas...

CANDIDO. Muy bien está...

ENRIQUE. ¿Casarme allá? yo creia
que estando dispuesto aqui
era mejor...

PEDRO. No se trate
de eso, que es un disparate;
¿casarte en el campo?... sí,
¡pues estábamos medrados!
¡un muchacho de tu edad
casarse en la soledad,
y asi á cencerros tapados?
No señor; no puede ser:
para que luego dijeran...
¡nada!... adonde los que quieran
que lo puedan oir y ver.

CANDIDO. Chico, yo no encuentro obstáculo,
ni buena razon que cuadre...

porque está hablando tu padre
como si fuera un oráculo.
Y en la corte... ya se vé;
allí tu futura bella...
(me quedo solo con ella...)

ENRIQUE. Pues, señores, partiré,
y desde ahora me obligo...
Me acompañarás...

CANDIDO. ¡Qué!... ¿yo?...

ENRIQUE. Con eso me ayudas...

PEDRO. No...
que se quede aqui conmigo.
Su buen humor, su alegria...
¿qué voy yo á hacer tantas horas
solo con estas señoras?
seguro, me aburriria...

CANDIDO. ¡No señor! eso jamás;
y desde ahora tremolo...

PEDRO. Ademas, que yendo solo
mas pronto despacharás.

CANDIDO. Seguramente: si yo
no hago mas que entorpecer...
¿Tienes algo que oponer
á lo que decimos?

ENRIQUE. No...
¿Y cuándo me he de marchar?

PEDRO. Cuanto mas pronto...

CANDIDO. ¡Sí, sí!
mas pronto vuelves aqui,
mas pronto vas al altar.

ENRIQUE. De ellas me despediré
en cuanto salgan....

PEDRO. ¡Bobada!
eso no conduce á nada;
despedirse... ¿y para qué?

ENRIQUE. ¿Pero Rosa qué dirá?

PEDRO. ¿Te vienes ahora con esa?
¿y el placer de la sorpresa?
Si todo es cosa de un dia,
¿á qué santo?... le diremos...
acerca de tu partida...
y en todo caso, descuida,

que aqui te disculparemos.

CANDIDO. Eso sí; descuida, chico:
yo me ofrezco desde ahora
á decirle á tu señora...
ya sabes que tengo un pico...

PEDRO. ¡Eh!... ya enganchado estará
mi coche: dile á Ramon
que apriete, y en un tiron
te pones, Enrique, allá...

ENRIQUE. Pero es que...

PEDRO. No hay que perder
el tiempo.

CANDIDO. Queda á mi cargo
tu defensa.

ENRIQUE. Sin embargo...

PEDRO. Esto quiero y ha de ser.

ENRIQUE. Ya que nada hay que me ataje
y que usted todo lo allana...
señores, hasta mañana.
Adios...

PEDRO. (*Acompañándolo hasta el fondo.*)

CANDIDO. Adios: buen viaje.

PEDRO. (Corriente: toma la posta...
perfectamente me amaño:
ya que quiere un desengaño
se lo daré á poca costa.)

ESCENA VIII.

DON PEDRO. DON CANDIDO.

CANDIDO. Es preciso confesar...

PEDRO. ¿El qué?

CANDIDO. ¡Sí tal; es muy justo!
que tiene don Pedro un gusto
esquisito, singular.
¿Con que espléndidas orgias
en la boda y tornaboda?...
Pues señor, bien; me acomoda:
por usted no pasan dias.

PEDRO. Serán noches...

CÁNDIDO. No señor,
á lo mas serán mañanas,
pues debajo de esas canas
se oculta todo el ardor
de la noble juventud...
PEDRO. ¡Ja... ja! gracias... ¿cree usted eso?
CÁNDIDO. ¡Vaya!...
PEDRO. Siempre fui travieso;
y aunque en breve el ataud
para sí me llamará,
quiero bajar á la tierra
despues de hacer bien la guerra...
¿estamos?
CÁNDIDO. ¡Pues!
PEDRO. ¡Ja... ja... ja!...
CANDIDO. Convendrá que usted me esplique,
porque se pasan las horas...
¿cuándo salgan las señoras
qué les diremos de Enrique?
PEDRO. Cualquier cosa por ahí...
CANDIDO. Bueno es tenerla pensada...
PEDRO. No, usted no les diga nada,
déjeme usté hablar á mí.
CANDIDO. Ya comprende usted mi afan,
por eso se lo indiqué...
PEDRO. Sí, sí; yo lo pensaré....
CANDIDO. Pues aprisa, que aqui estan.

ESCENA IX.

ROSA. DOÑA GERTRUDIS. DON PEDRO. DON CANDIDO.

PEDRO. ¡Válgame Dios, qué mugeres!
GERTRUDIS. Ya nos tiene usted aqui.
PEDRO. Se habrán puesto... justo, sí,
de veinte y cinco alfileres...
GERTRUDIS. Nada de eso, no señor;
con la mayor sencilléz...
PEDRO. Muy bien, Rosita, ¡pardiez!

que estás cada vez mejor.

CANDIDO. Mucho; cada vez mas bella.

ROSA. Fuerza creerlos será...
tanto me lo han dicho ya...

GERTRUDIS. ¿Y Enrique?

PEDRO. ¿Enrique?...

CANDIDO. (Aqui es ella.)

PEDRO. Como dieron en tardar,
ha un rato que va delante,
con su impaciencia de amante,
para hacerles preparar,
y todo por mi consejo,
unas cuantas florecillas,
y no sé qué otras cosillas...

CANDIDO. (¡Uf... cómo las urde el viejo!)

GERTRUDIS. Ya está visto que no hay modo...
y siempre tan oportuno...
es usted como ninguno,
amigo, está usted en todo.

PEDRO. Yo no hago nada de mas,
ni tampoco estas mercedes
tienen valor, porque ustedes
se merecen muchas mas.

GERTRUDIS. ¡Ay don Pedro!

PEDRO. ¿Qué hay, señora?

GERTRUDIS. Con ese genio infinito
habrá usted sido un diablito...

PEDRO. Lo mismo que soy ahora:
usted lo verá despues...
jamás hubo en mí veneno...

GERTRUDIS. ¡Oh!... sí, sí; ya es usted bueno.

CANDIDO. Con que ¿vamos?

PEDRO. Vamos pues.

(*Se incorpora y finge un dolor agudo.*)

¡Ay!...

TODOS. ¿Qué es eso?

PEDRO. ¡Malo va...
Jesus!...

TODOS. ¡Pero, qué...

PEDRO. Un dolor..
¡esto es horrible!...

ROSA Y CAN. ¡Señor!

PEDRO. (*Dejándose caer sobre el sillon.*)
¡Oh!
GERTRUDIS. (*A Rosa.*) Desmáyate tu...
ROSA. (*Cayendo sobre otro sillon.*) ¡Ah!
CANDIDO. ¡Cielos, Rosita!
GERTRUDIS. ¡Hija mia!...
¡Braulio!... ¡Marta!...
(*A Cándido.*) Al tocador;
¡pronto!... algun agua de olor...
CANDIDO. Al momento.
GERTRUDIS. ¡Qué agonia!
(*Al entrar Cándido por la puerta de la izquierda, sale Marta y tropieza con ella.*)
MARTA. ¡Ah!
CANDIDO. ¡Muchacha!...
BRAULIO. (*Sale por el fondo.*) ¡Qué ha pasado!
GERTRUDIS. Cuida tú del brigadier.
Don Cándido, á ver, á ver...
ayúdeme usté...
CANDIDO. Al contado.
GERTRUDIS. (*A Marta.*) Un poco de té al momento.
(*Vase Marta.*)
¡Jesus!... parece increíble...
ya se ve, esta es tan sensible...
llevémosla á su aposento.
CANDIDO. Mejor es.

ESCENA X.

DON PEDRO. BRAULIO.

BRAULIO. ¡Qué confusion!...
¡Señor!... nada, está perdido...
á la fuerza; si ha bebido...
PEDRO. (*Reponiéndose.*) Si no te callas, bribon...
BRAULIO. ¡Cómo!... ¡qué!... mi brigadier.
¿esto ha sido...
PEDRO. Punto en boca;
ver y oir solo te toca...
BRAULIO. ¡Bien!...
PEDRO. Y á mí... déjame hacer.

Ahora no vendrá mal...
Oye, Braulio; yo querria
descansar y...

BRAULIO. ¿Pero usia
está bueno...

PEDRO. Ps... tal cual.

BRAULIO. Pues al punto...

PEDRO. Bueno, ven...
(*Se apoya en Braulio.*)
ya me puedes conducir...
no hay cosa como dormir
cuando se ha almorzado bien.

ESCENA XI.

MARTA. *Despues* DON CÁNDIDO.

MARTA. (*Enfriando el té.*) Pf... vaya, pelando está;
no dirá la vieja luego...

(*Al entrar por la izquierda sale don Cándido y tropieza con el plato, que con la taza cae en el suelo, cayéndose el té encima.*)

¡Ah!

CANDIDO. (*Sacudiéndose el pantalon.*)
¡Of!... ¡diablo!... ¡fuego!... ¡fuego!...

MARTA. ¡Malhaya quien...

CANDIDO. ¡Voto va!

MARTA. Vuelta á hacer de nuevo el té...
todo se ha roto... ¿y ahora,
qué le diré á la señora?...

CANDIDO. ¿Qué me cuentas? ahórcate.
Está buena mi persona...
despues que me has abrasado...

MARTA. Le está á usted bien empleado,
¡entremetido!

CANDIDO. ¡Fregona!

MARTA. ¡Atrevido!

CANDIDO. No des voces,
que estoy echando venablos...

MARTA. ¡Eh!... ¡vaya usted con mil diablos!

ESCENA XII.

CÁNDIDO.

¡Magnífico par de coces!
¿Pero es esto una epidemia?
aqui un síncope... siguió
un soponcio; y despues yo
me encuentro hecho una blasfemia.
¡Ánimas del purgatorio!
¿adónde acudir?... ¿qué hacer?
qué sé yo... vamos á ver
si se ha muerto el vegestorio.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ROSA. CANDIDO.

CANDIDO. ¡Bravo, Rosita! ¿Ya en pie?
¿El accidente cesó?
ROSA. Sí, Cándido, ya pasó...
CANDIDO. Pues, como vino se fué.
¡Vaya un susto que llevé!
ROSA. ¿De veras?
CANDIDO. Sí, ciertamente.
¿Quién pudiera indiferente
mirar de tan puros soles
los mágicos arreboles
anublarse de repente?
En aquella confusion
no sé qué pasó por mí;
ello es cierto que sentí
angustiado el corazon...
ROSA. ¿Y todo por compasion?
CANDIDO. Por eso... ó por simpatia...
por algo, señora mia;
pero usted está ya buena,

y esto basta y me serena,
y me vuelve la alegria.

ROSA. Es pasmoso el interes
que usted en esta ocasion...

CANDIDO. Tiene usted mucha razon;
y tanto como lo es.
¡Oh! no olvidaré jamás
que en esos ojos serenos...

ROSA. Vamos, que será algo menos.

CANDIDO. O acaso será algo mas.

ROSA. ¡Ja, ja! ¿es posible?...

CANDIDO. Sí, sí...
como lo siento lo digo.

ROSA. ¿Le ha encargado á usted su amigo
que haga sus veces aquí?

CANDIDO. ¿Pues?...

ROSA. Tanta galanteria...

CANDIDO. Es dignísimo tributo...
mas no hago yo el sustituto,
trabajo por cuenta mia.

ROSA. ¡Hola!

CANDIDO. Cabal.

ROSA. Y á decir
se atreve usted...

CANDIDO. ¿Por qué no?
¿Acaso no puedo yo
como los demás sentir?

ROSA. Sí, todo eso está muy bueno;
pero antes del propio gusto,
me parece á mí que es justo
respetar el gusto ageno.

CANDIDO. Esa máxima contemple
allá la gente vulgar...
mas nunca tuvo su altar
entre la que es de mi temple.
Nosotros, Rosita bella,
los jóvenes del gran mundo,
con un respeto profundo
seguimos de nuestra estrella
el influjo... precursor
de mil lances increibles,
y cuantos mas imposibles...

decimos... tanto mejor.
Porque nuestros corazones
estan tan mal educados
y tan poco acostumbrados
á dominar las pasiones,
que apenas el ciego dios
nos dice allí está el Eden,
ciegos nosotros tambien
nos arrojamos en pos...

ROSA. ¡Silencio!

CANDIDO. No, nadie escucha;
no hay nada que ponga dique.

ROSA. Sin embargo, puede Enrique
volver... su tardanza es mucha.

CANDIDO. Justamente; su tardanza...
seis horas ha que marchó...
hubiera volado yo
en alas de mi esperanza...
¡Ps!... como va á ser marido,
habrá cambiado de afecto...
¡Si no hay un hombre perfecto!

ROSA. Pero, ¿y si le ha sucedido?...

CANDIDO. ¿Suceder? ¡Qué!... no señora;
en un camino tan llano...
apuesto, Rosita, y gano,
á acertar lo que hace ahora.

ROSA. ¿Usted? ¿Pero cómo?...

CANDIDO. Así.
Habrá llegado á la casa
de la condesa... ella pasa
esta temporada allí.

ROSA. Pues si me han dicho...

CANDIDO. Despues,
una vez ya introducido,
las niñas habrán salido...

ROSA. ¡Cómo! ¿hijas tiene?

CANDIDO. Sí, tres.

ROSA. ¿Serán bellas?

CANDIDO. ¡Oh! y prolijas
en punto á charlar...

ROSA. ¡Qué escucho!
¿Usted las conoce?

CANDIDO. Mucho.
(Ni á la madre ni á las hijas.)
¡Oh! y la mayor es un bicho...
¡friolera! ¡y con un talento!...
Y él que se precia de atento,
no hay que dudarlo, habrá dicho:
«Aqui vendrán, no estoy mal;
aqui las espero...» y puede
que alli esperando se quede...
por mí, hasta el juicio final.
ROSA. No puede ser; no señor,
porque Braulio le ha enviado
sin perder tiempo un recado...
CANDIDO. Tanto mas en mi favor.
Si sabe que ustedes ya
no salen, ¿por qué no viene?
luego algo allí le detiene...
esto al primer folio está.
ROSA. Pues bueno que allí se esté,
no seré yo la que impida...
CANDIDO. Usted está resentida
y con razon...
ROSA. No.
CANDIDO. Sí á fé.
ROSA. Se va usté á desengañar
al momento.
CANDIDO. ¿De qué modo?
ROSA. Olvidándome de todo,
y yéndome á pasear.
CANDIDO. Que me place la manera...
ese es el medio mejor...
(*Ofreciéndole el brazo.*)
Sírvase usted...
ROSA. No señor;
me está esperando allá fuera
Marta.
CANDIDO. Pero...
ROSA. Hasta despues.
CANDIDO. Pero, Rosita, por Dios,
conforme ustedes van dos,
¿no pudiéramos ir tres?
ROSA. ¿Para qué? gracias...

CANDIDO. No sigo
en mi empeño... A Dios dechado
de hermosura...

ESCENA II.

DON CÁNDIDO.

Me he portado;
¡bravo! soy todo un amigo.
Señor, señor, ¡qué conciencias!
Mas, ¿quién es el que en amor
no es alguna vez traidor?
¿Quién no comete infidencias?
Está visto, es imposible...
á no estar uno dotado
de un corazon... acerado...
Mas, ¡el mio es tan sensible!...
que aunque algo allá le remuerde...
yo he de seguir en mis pasos...
¡y qué diablo! en estos casos
el que se descuida, pierde.
Y si ella me quiere, ¿yo
qué he de hacer? ¡Es mucho cuento!
si desde el primer momento
la infeliz capituló.
Luego Enrique bramará
si descubre este pastel;
me llamará infame, infiel...
mas por broma pasará.
Le diré que sin malicia
me lancé asi de repente,
pero que ella es inocente,
y los dos me harán justicia.
¡Va! se declara por mí
la fortuna, á no dudar,
y yo sabré aprovechar...
(*Mirando á la derecha.*)
¡Hola! Braulio sale aquí.
No, no hay que perder de vista
á aquel soberano hechizo...

Pues... me haré el encontradizo,
y en popa con mi conquista.
(*Vase por el fondo.*)

ESCENA III.

BRAULIO.

¿Quién lo duda? es imposible
lo que quiere este señor...
¡No nos vamos á meter
en mala revolucion!
Pero si él lo manda y paga,
¿qué le tengo de hacer yo?
Nada arriesgo, cuatro embustes
que tengan cierto color
de verdad, y en dos por tres
se acabó mi comision.
Vamos á llamar al ama...
pero ella... tanto mejor;
aqui viene... allá veremos
lo que... en el nombre de Dios.

ESCENA IV.

DOÑA GERTRUDIS. BRAULIO.

GERTRUDIS. ¿Aun no ha vuelto don Enrique?
BRAULIO. Mi señora, nada; aun no...
GERTRUDIS. ¡Qué escucho! ya deberia...
si es cerca de la oracion:
estoy con esta tardanza
llena de cuidado...
BRAULIO. Y yo.
GERTRUDIS. Pero, tú, ¿no has enviado
al punto á la posesion
de la condesa del Bosque,
á un muchacho? ¿se quedó
tambien allá?
BRAULIO. No señora;

de vuelta estaba á las dos.
GERTRUDIS. ¿Y qué dijo?
BRAULIO. Que en la casa
nadie le ha dado razon
de don Enrique.
GERTRUDIS. ¡Es posible!
BRAULIO. Ni del coche.
GERTRUDIS. ¡Santo Dios!
BRAULIO. Que alli nadie ha parecido
en todo el dia de hoy.
GERTRUDIS. Pues, señor, me quedo atónita.
¿Dónde estará?
BRAULIO. ¿Qué sé yo?
GERTRUDIS. Pero su padre...
BRAULIO. Durmiendo
se ha estado como un liron.
GERTRUDIS. ¿Y lo sabe?
BRAULIO. Sí señora;
y al saberlo...
GERTRUDIS. ¿Se asustó?
BRAULIO. Como si tal cosa; nada:
¡pues! sin frio ni calor.
GERTRUDIS. Está buena la manera...
¡pues me gusta la aprension!
Y estoy yo que ahogarme pueden
con un cabello... no, no,
es preciso...
BRAULIO. Me parece,
salvo parecer mejor,
que hay aqui gato encerrado...
alguna conjuracion...
GERTRUDIS. ¡Qué dices!
BRAULIO. Yo lo sospecho,
porque... aquí para inter nos,
toda esa serenidad...
bien que don Pedro es atroz,
y como buen veterano...
pero no; puede que no,
que yo me equivoque... en fin,
cada cual con su opinion.
GERTRUDIS. Sí, sí; pues quedo enterada.
BRAULIO. Es que no quisiera yo...

GERTRUDIS. ¿Acabarás de decirme
á qué viene este...
BRAULIO. ¡Chiton!
GERTRUDIS. Pero, ¿qué?...
BRAULIO. El señor don Pedro
ha un rato que me mandó
buscar á usted.
GERTRUDIS. ¿Y á qué fin?
BRAULIO. Pues ahí está la cuestion.
Él solicita una audiencia;
don Enrique se largó
sin decir oste ni moste,
con que aqui...
GERTRUDIS. Tienes razon;
esto va siendo formal,
y me parece un complót.
¡Si nos habrán engañado!
BRAULIO. No tengo yo ese temor;
lo que es boda... sí la habrá;
¡vaya! tendremos funcion.
GERTRUDIS. ¿En qué te fundas?
BRAULIO. Me fundo
en que en negocios de amor,
sin saber cómo ó por donde...
GERTRUDIS. ¡Jesus! ¡qué condenacion!
Y ese misterio, ¿á qué viene?
BRAULIO. Es que nadie me afirmo...
Pero aqui el señor don Pedro
sale, y él mucho mejor
que yo le dará noticias.
GERTRUDIS. ¡Oh! tendré una esplicacion...
BRAULIO. ¿Traeré luces?
GERTRUDIS. Sí, sí.
BRAULIO. (Allá
se las compongan los dos.)

ESCENA V.

DON PEDRO. DOÑA GERTRUDIS.

PEDRO. (Como un hombre se ha portado

mi Braulio, no lo ha hecho mal.)

GERTRUDIS. Señor don Pedro, ¿qué tal?

PEDRO. Señora, tan aliviado.
Aquello fué... qué sé yo;
un dolorcillo nervioso;
pero me entregué al reposo,
y al momento se largó.
Siento mucho que este azar
que yo evitar no he podido,
le haya á ustedes impedido
ir á la hacienda y gozar...

GERTRUDIS. Eso no le mortifique
á usted, ni por un momento...
Yo, la verdad, lo que siento
es la tardanza de Enrique.

PEDRO. Mucho ese interés me place,
mas, sino vino hasta ahora,
no se apure usted, señora,
él sabe lo que se hace.

GERTRUDIS. ¿Y usted sabe dónde está?
Porque, amigo, de otro modo...

PEDRO. Amiga, yo lo sé todo,
y usted tambien lo sabrá.

GERTRUDIS. Hable usted, que lo deseo...

PEDRO. No, nadie nos precipita...
á su tiempo... Y mi Rosita,
¿dónde está que no la veo?

GERTRUDIS. En el jardin estará;
hace un rato que salió...

PEDRO. ¿Con que por mí le asaltó
un desmayo?... ¡Voto vá!

GERTRUDIS. Qué quiere usté, ¡es tan sensible!...

PEDRO. Y tanto como lo es.

GERTRUDIS. Se toma tanto interes
por usted...

PEDRO. (*Con afectada alegria.*) ¿Eso es posible!

GERTRUDIS. Testigos me son los cielos.

PEDRO. ¡Criatura celestial!

GERTRUDIS. ¡Qué! si es un cariño tal,
que casi me inspira celos.

PEDRO. Siga usted... ¡Soy tan feliz!
¿con que es verdad? ¡Oh ventura!

bien que lo que es mi figura
no es figura de tapiz.

GERTRUDIS. Pues si es usted un cupido.

PEDRO. ¿Qué edad me echa usted?

GERTRUDIS. ¿Qué edad?
Sobre cuarenta...

PEDRO. En verdad
que esos ya los he cumplido.

GERTRUDIS. Pues usted no representa...
(Lisonja, tú vuelves locos...)

PEDRO. ¿Con que es decir que muy pocos
podrán caer en la cuenta?

GERTRUDIS. ¿De los años? No señor;
y con su genio, jamás:
el paso es firme, además
conserva usted un vigor
y cierto desembarazo...

PEDRO. ¡Bravo! ¡Gertrudis bendita!
¡ah, bien haya esa boquita!
¡Lárgueme usted un abrazo!

GERTRUDIS. Pero, don Pedro, ¡mi amigo!

PEDRO. Lo he resuelto, venga acá...

GERTRUDIS. Es que no comprendo...

PEDRO. (*Abrazándola.*) ¡Ajá!

GERTRUDIS. (¡Si se casara conmigo!)

PEDRO. Una vez que entre los dos
hay franqueza, á no dudar,
vamos del caso á tratar
en paz y en gracia de Dios.

GERTRUDIS. (¡Si será cierto!) Hable usted,
y con libertad disponga...

PEDRO. Estrañará usted que ponga
á mi edad pies en pared...

GERTRUDIS. ¡Ay! no señor; en mi vida
cosa alguna me estrañó...
Pues no parece sino
que su edad es tan crecida...

PEDRO. Bueno, usted lo juzga asi...
tanto mejor: por ahora
solo se trata, señora,
de su sobrina y de mí.

GERTRUDIS. ¡Cómo!

PEDRO. Se va usté á quedar
atónita cuando sepa
que este vejete, esta plepa
quiere llevarla al altar.

GERTRUDIS. ¿Qué dice usted, caballero?
Pues, ¿y don Enrique?

PEDRO. ¡Oh!
entre don Enrique y yo,
señora, yo soy primero.

GERTRUDIS. Perdone usted, ¿qué dirá
de usted, de Rosa, de mí,
cuando otra vez vuelva aquí?

PEDRO. Es que aqui no volverá.

GERTRUDIS. ¡Es posible!

PEDRO. Justamente:
ya ve usted que se ha marchado...
lo tengo bien educado,
y es hijo tan obediente,
que aunque le importe el Eden,
si sabe que me da enojos,
retira al punto sus ojos...
porque me conoce bien.

GERTRUDIS. Al escuchar sus razones
en lance tan no esperado...

PEDRO. ¡Oh! sí, se habrá usted quedado
como quien mira visiones.

GERTRUDIS. Figúrese usted...

PEDRO. Pues ya.

GERTRUDIS. No me queda mas que ver...
pero eso no puede ser...

PEDRO. Pues no ha de poder...

GERTRUDIS. No.

PEDRO. ¡Vá!
¿No acaba usted de decir
que no soy enteramente
á Rosita indiferente?
¿pues qué mas hay que pedir?

GERTRUDIS. Pero es en otro sentido;
mucho quererle podrá
Rosita, como papá,
pero no como marido.

PEDRO. Sin embargo, si su tia

une su ruego á mi ruego,
es seguro, desde luego
la victoria será mia.

GERTRUDIS. Mas, ¿cómo he forzar yo
su corazon virginal?

PEDRO. Si viera usted ¡qué caudal
el cielo me concedió!
Soy de los mas potentados,
tengo casas á millares,
y en Córdoba, ¡qué olivares!
y en Valencia, ¡qué sembrados!
Pues tengo aun mas en dinero,
y en los bancos bien habrá...

GERTRUDIS. Mas todo eso al fin será
para su único heredero.

PEDRO. Eso sí; á mi defuncion
es muy justo que reciba...
pero en tanto que yo viva
es mio.

GERTRUDIS. (Tiene razon.)

PEDRO. Y aunque no es corta mi edad,
con aqueste ir y venir,
llevo trazas de vivir
muchos años.

GERTRUDIS. (Y es verdad.)

PEDRO. Y puede que me eternice,
y entre tanto mi heredero
tendrá tasado el dinero...

GERTRUDIS. (Y lo hará como lo dice.)

PEDRO. ¡Oh! y es probable despues,
si Rosita me desprecia,
que dé con alguna necia
que acepte en un dos por tres...

GERTRUDIS. (¡Ah!)

PEDRO. ¡Vaya!... y la esposa mia
nunca ha de tener apuros:
la dotaré en cien mil duros...
y si hubiese madre... ó tia...
porque todo puede ser,
para nada tendrá tasa,
y gobernará mi casa
como Dios le dé á entender...

Usted ya ve que...

GERTRUDIS. Señor,
la perspectiva es hermosa...

PEDRO. ¿Con que opina usted que Rosa
me tratará sin rigor?

GERTRUDIS. Yo diré á usted; imagino
que en este cambio impensado,
don Pedro, tiene usté andado...

PEDRO. ¡Pues! la mitad del camino.

GERTRUDIS. Ignoro si su opinion...
pero si hay perseverancia,
entrará sin repugnancia
en esta brillante union.
Una cosa, puede ser,
que á la pobre mortifique...
y es la presencia de Enrique.

PEDRO. ¡Oh! de eso no hay que temer.

GERTRUDIS. ¿Puede usted asegurar?...

PEDRO. ¡Va! ¿Pero de que manera,
si irá á seguir su carrera?

GERTRUDIS. ¿Y cuál es?

PEDRO. La de viajar.

GERTRUDIS. Pues veremos si hay un medio...

PEDRO. Es que lo que hemos de ver
en esta noche ha de ser.

GERTRUDIS. ¡Esta noche!...

PEDRO. No hay remedio.
Yo, señora, siempre al trote.

GERTRUDIS. Pero si...

PEDRO. A lo militar:
esta noche he de firmar
contrato y carta de dote.

GERTRUDIS. Pero es imposible hacer...
¿Cómo quiere usted que quede?...

PEDRO. Señora, si no se puede,
se manda hacer un poder.
Soy en esto incorregible;
yo he de lograr lo que quiero,
porque, amiga, ante el dinero
no hay posible un imposible.
Es muy facil para mí;
y si no recuerdo mal,

Hortaleza ó Fuencarral
estan un paso de aqui.
Pues bien: se manda á un muchacho...
esto es, si Rosa conviene;
y en ocho minutos viene
el notario y su despacho...
Mas, supongamos que no
conviene... tal vez suceda,
el muchacho aqui se queda,
y entonces... me largo yo.

GERTRUDIS. No señor, ¡ave Maria!
eso es llevar al estremo
las cosas... yo nada temo;
pensé que mejor seria...

PEDRO. Nada; me viene de perlas
esa Rosa de las rosas...
si en este mundo las cosas
no hay mas que querer hacerlas.
Háblela usted... asi, al alma;
déjela usted convencida,
y no trate usté en su vida
estos negocios con calma.
¿Está en el jardin, eh?

GERTRUDIS. Sí...

PEDRO. Pues voy á ver si la veo,
con eso doy un paseo
y la hago venir aqui.
¿No opina usted?...

GERTRUDIS. Eso es.

PEDRO. Pues haga usted lo que digo.

GERTRUDIS. Vaya usted con Dios, amigo.

PEDRO. Suegrecita, hasta despues.

ESCENA VI.

DONA GERTRUDIS.

¡Jesus, Jesus!... este hombre
es el mismísimo diablo!
Mucho he corrido y he visto,
pero jamás entre tantos

he hallado un hombre como él,
tan incisivo, tan cáustico.
¡Y como maneja á Enrique!...
si lo dije, ese muchacho
es un chico de colegio,
un infeliz, un cuitado.
No tiene nada del padre;
sí, ya, ya... es un sardanápalo!...
pero vamos, por ahora
no hemos perdido en el cambio.
Es hombre muy generoso,
viejecito, avellanado;
nadie dirá que es ridículo,
porque en fin es millonario...
Y aqui no hay trampa, señores,
por delante va el contrato
y el dote de cien mil duros...
¡vaya un pez que hemos sacado!
Si se muere, que lo entierren;
aqui por mal que salgamos
los cien mil del pico nadie
nos los saca de las manos.
Y entonces, tanto mejor,
en libertad nos quedamos,
y podrá aspirar Rosita
á empleos mucho mas altos...
¿quién sabe si nos espera
un enlace aristocrático?...
Esto es hecho; la hablaré...
¿mas cómo es que tarda tanto?
se pierde el tiempo... ¡pero ah!
aqui la tenemos, ¡bravo!

ESCENA VII.

ROSITA. DOÑA GERTRUDIS.

ROSA. Pero, tia, ¿ha visto usted
infamia tal, tal descaro?
GERTRUDIS. ¿Qué te sucede, Rosita?
ROSA. Está mi orgullo picado:

¡haber desaparecido,
y sin siquiera anunciarnos!...

GERTRUDIS. ¿Hablas de Enrique?... ya entiendo
Niña, puedes olvidarlo;
no te conviene esa boda,
merecen mas tus encantos.

ROSA. ¡Cómo!... ¿qué es eso?...

GERTRUUIS. Lo que oyes.
Está ya determinado.
Te casarás; pero no
con un mancebillo incauto
que mientras viva su padre
te hará carecer de cuantos
caprichos puedas tener...
sino con un potentado,
con un hombre que desde antes
que se le entregue tu mano
te asegura para siempre
en la sociedad un rango
brillantísimo, envidiable:
¡cien mil duros!... ¡gran bocado!!

ROSA. ¡Cien mil duros!

GERTRUDIS. Dos millones
cabales.

ROSA. ¿Está usté hablando
de broma?

GERTRUDIS. No, Rosa mia,
cuanto te he dicho es esacto;
la fortuna te sonrie;
tus sueños se realizaron.

ROSA. ¿Pero, qué ha pasado aqui?
¿cómo en el tiempo que falto
del lado de usté, ha podido
combinar lances tan raros?...

GERTRUDIS. Rosita... ya me conoces...
ya sabes tú que mi tacto
es muy fino...

ROSA. Sí, ya sé;
¡pero esto es estraordinario!
¿Quién es el que tan de pronto
se me ofrece en holocausto...

GERTRUDIS. ¿No lo adivinas?

ROSA. Yo no...
¿Quién puede?... ¿tal vez don Cándido?
GERTRUDIS. ¡Quita allá! ¿tiene ese jóven
traza de hombre acaudalado?
ROSA. No sé si tiene caudal...
¿Mas quién es? vaya, sepamos.
GERTRUDIS. ¿Quién es?... el señor don Pedro.
ROSA. ¡Ah!... don Pedro... ¡y tan anciano!
GERTRUDIS. Bien, con eso no será
el cautiverio tan largo...
Ademas, que tu futuro
no es ningun octogenario,
y esta clase de consorcios
los vemos á cada paso.
ROSA. Con que la ausencia de Enrique
segun eso...
GERTRUDIS. Le ha mandado
que se retire, y el chico
al punto ha dejado el campo.
Donde hay patron, hija mia,
ya sabes...
ROSA. ¡Pobre muchacho!
GERTRUDIS. ¡Ps!... no hay que tenerle lástima:
se consolará viajando,
y en breve te olvidará...
si es que ya no te ha olvidado.
ROSA. ¿Pero quién imaginara
un suceso tan estraño...
GERTRUDIS. Ahí verás, ese es el mundo;
cuando menos lo pensamos...
pero de estas ocasiones
no entran muchas en el año.
Esta noche han de quedar
estendidos los contratos...
ROSA. ¡Tan pronto!
GERTRUDIS. Vaya, ¡tan pronto!...
pues si se está impacientando
don Pedro, cada minuto
que pasa; no sabes cuánto
se ha enamorado de tí...
¡le has barajado los cascos!...
Oigo subir... ya vendrá

á saber el resultado...
Déjame, retírate...
siempre es bueno que el recato...
¡Anda!

ROSA. Voy... ¡Jesus... qné lances...!

GERTRUDIS. Muy bien; asunto acabado.

ESCENA VIII.

DOÑA GERTRUDIS. DON PEDRO. DON CÁNDIDO.

PEDRO. Pues eso pasó.

CANDIDO. ¡Canario!

PEDRO. (*Bajo.*) ¿Qué ha dicho?

GERTRUDIS. Mucho costó,
pero al fin se convenció.

PEDRO. Que venga al punto el notario.

GERTRUDIS. Disponga usted...

PEDRO. Bueno, sí:
una muger no se esplica...
acompañe usté á la chica
mientras yo lo arreglo aqui.

GERTRUDIS. Corriente.

ESCENA IX.

DON PEDRO. DON CANDIDO. *Despues* BRAULIO.

PEDRO. ¡Braulio!

BRAULIO. (*Saliendo.*) Señor.

PEDRO. Haz que avisen... ¡pero qué!
cerca está; yo mismo iré,
y lo haré mucho mejor.

(*Saca la cartera, y escribe con el lapiz.*)

CANDIDO. ¿Dónde va usté?

PEDRO. A Fuencarral.

CANDIDO. ¡A pie!

PEDRO. No, en mi carretela:
es ligerísima, vuela...
no tiene en Madrid rival...

CANDIDO. ¿Qué asunto tan necesario
obliga á usted...

PEDRO. Poca cosa,
el matrimonio de Rosa...
voy á traerme al notario,
aunque sea de las greñas...
(«En recibiendo esta, vente,
Enrique, inmediatamente.»)

(*Arranca una hoja, y se la da á Braulio, diciéndole bajo.*)

A Madrid, ahí van las señas;
ya sabes...

BRAULIO. Mucho que sí.

ESCENA X.

DON PEDRO. DON CÁNDIDO.

PEDRO. Pues si, amiguito, me voy.

CANDIDO. ¿Pero no dijo usted hoy
que el enlace no era aqui?

PEDRO. Asimismo se pactó;
mas si usted no se incomoda
vendrá aqui para otra boda...

CANDIDO. ¡Hola!... ¿quién se casa?...

PEDRO. Yo.

CANDIDO. ¿Usted con Rosa se casa!

PEDRO. Pues.

CANDIDO. ¡Ja... ja!... le felicito...

PEDRO. Gracias... (¡Si creerá el mocito
que no sé yo lo que pasa.)

CANDIDO. ¡Don Pedro!... ¡buen golpe está!
¿le atrapó usted á Rosita?...
(¡Uf!... y me ha dado una cita!)
¡Ja... ja!... ¡lindo!

PEDRO. ¡Sí!... ¡ja... ja!...
¿qué tal, amigo, prometo?...

CANDIDO. ¡Calle usted... que eso es divino!
amigo, le vaticino
un matrimonio completo.

PEDRO. Si lo espero; porque yo
sé, aunque viejo y mentecato,

dónde me aprieta el zapato:
¿usted no opina...

CANDIDO. ¿Pues no!

PEDRO. No perdamos en el ocio
el tiempo... (*Se va á tomar el sombrero.*)

CANDIDO. ¡Sí!... corra usted...
(Yo en tanto tiendo la red,
y adelanto en mi negocio.)

PEDRO. Vaya... adios.

CANDIDO. No hay que tardar
Ya sabe usted que me precio
de ser su amigo...

PEDRO. ¡Sí! (¡Ah, necio,
qué chasco te voy á dar!)

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

La misma decoracion.

(*Completa oscuridad.*)

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO. BRAULIO.

PEDRO. (*Desde la puerta.*) ¿No hay nadie?
BRAULIO. Nadie, señor:
los tres estan por allá.
PEDRO. Bueno; ¿pero estás seguro
de que no me han visto entrar?
BRAULIO. Muy seguro. ¿Y el notario?
PEDRO. ¿El notario?... abajo está
arreglando sus papeles
y aguardando la señal...
Dime; á los dos angelitos
supongo que los habrás
espiado?...
BRAULIO. Sí señor.
PEDRO. ¿Y qué?
BRAULIO. No han podido hablar
á solas desde que usia
se fué.
PEDRO. Bueno, bueno va.
Es decir, que á la primera

ocasion que tengan... ¡zas!
ellos inocentemente
en nuestras manos caerán?...

Braulio. ¿Pero, señor, tiene usia
completa seguridad
de que entre los dos existe
ese complot...

Pedro. Baja mas
la voz, que te desentonas.
Yo no tengo á la verdad
mas que sospechas...

Braulio. Sospechas...

Pedro. Pero, amigo, son de tal
naturaleza, que casi
tocan en la realidad.

Braulio. Eso ya es muy diferente.

Pedro. Déjame tú maniobrar
que yo entiendo esta maraña
como nadie... ya verás..

Braulio. Lo que le conviene á usia
mejor que yo lo sabrá.
Adelante.

Pedro. Sí, adelante:
ahora no nos falta mas
sino procurar que Enrique,
que ya no puede tardar,
entre aqui sin que lo noten.

Braulio. Bien; usia dispondrá...

Pedro. A poco trecho de aqui
á cualquiera apostarás
para que al llegar Enrique
le detenga.

Braulio. ¿Y él querrá?...

Pedro. Que le enseñe esta sortija,
y que le advierta ademas
que hasta que yo lo disponga
es necesario esperar...
y yo respondo del chico.

Braulio. Y yo tambien.

Pedro. Tú estarás
á la mira, y al momento
me avisas...

BRAULIO. Muy bien está.

PEDRO. Pues anda, y no se malogre
mientras charlamos el plan.

ESCENA II.

DON PEDRO.

Y hé aqui corriendo aventuras
en medio esta oscuridad,
y haciendo el galan y el duende
á todo un hombre formal.
¿Y por quién? por un muchacho
que no sabe dónde está
su mano derecha, en punto
á querer y enamorar.
¡Pobre, inesperto piloto
que al rugir la tempestad
de las pasiones, no entiende
la aguja de marear!
No es suya toda la culpa;
¡amarga es esta verdad!
Yo sé que mi Enrique tiene
un corazon muy leal;
pero hay gentes en la tierra
que esplotan sin caridad
de la ciega juventud
el candor y... ¡voto á San!...
Mas... ¡qué diablos! no empecemos
ahora á filosofar...
asi el mundo ha sido siempre,
y lo que ha sido será.
Por dicha entre los astutos
hay otros que saben mas...
y todo está compensado...
¡oh! no me debo quejar..
A haber sabido que hoy
con tanta facilidad
iba á estas buenas señoras
á hacerles capitular,
no hubiera obligado al chico

á andar de aqui para allá.
pero, ya se ve, ¿quién pudo
por de pronto imaginar...
(*Mirando por la puerta izquierda del fondo.*)
¡Hola, hola!... si no me engaño
es ella... justo, cabal:
es la preciosa Rosita
que se dirije hácia acá...
Y sin luz... tanto mejor,
no tengo necesidad
de esconderme... acaso, acaso
vendrá el perillan detras.

ESCENA III.

ROSA. DON PEDRO.

ROSA. ¡Oh, qué hombre!... ¡válgame Dios!
es mucha, mucha osadia...
me hace el amor, y á mi tia,
y en presencia de las dos...
Aqui salgo huyendo de él,
pues no es posible aguantar
tanto infinito charlar,
tantas palabras de miel.
¿Por qué ha de ofenderme á mí
que dé bromas á mi tia?
PEDRO. (Porque quieres, alma mia,
que te las dé solo á tí.)

ESCENA IV.

DON PEDRO. ROSA. DON CÁNDIDO.

CANDIDO. (*De puntillas.*) ¿Rosita?
ROSA. (Vuelta á la historia.)
PEDRO. (¿No lo dije?)
CANDIDO. ¿Calla usted?
es que si tiendo la red
no hay con ella escapatoria

ROSA. ¡Silencio!
CANDIDO. ¡Ah!... bien decia
que andaba usted por aqui.
¿Qué es esto?... ¿huye usted de mí?...
ROSA. Sí señor...
CANDIDO. Rosita mia...
ese acento pavoroso
no lo comprendo... ¿á qué viene?
segun eso... usted me tiene
por un hombre peligroso?
ROSA. Yo no he dicho...
CANDIDO. Bien está;
pero no me sorprendiera
que usted tambien lo dijera...
¡me lo han dicho tantas ya!
y puede que con razon;
¡suelo ser tan temerario!...
Señorita... es necesario
tener una esplicacion...
ya sabe usted...
ROSA. No, yo ignoro...
CANDIDO. ¡Qué ignora usted!... ¿cómo es eso?
¿y el amor que la profeso?
¿no sabe usted que la adoro?
PEDRO. (*Tomando un polvo.*)
(¡Bribon!)
ROSA. No debo escuchar
esas palabras...
CANDIDO. ¿Por qué?
¿por ventura, de mi fe
ha podido usted dudar?
Tal vez tendrá usted reparos
porque dentro de una hora
será usted de otro, señora,
¿y qué?
ROSA. ¡Vaya!
CANDIDO. Vamos claros.
(Echémosle una tremenda.)
Desde que á verla llegué
sabe usted que le entregué
mi corazon por ofrenda.
Pues bueno: yo soy un hombre

algo raro, indefinible...
no puede haber imposible
que me arredre ni me asombre.
Cuantos mas haya, mejor,
ante ellos jamás me ofusco;
y si no los hay los busco
para acrecentar mi amor.
Atrevido entre atrevidos,
por mi genio y por mi porte
soy el terror en la corte
de padres y de maridos.
Por eso, Rosita bella,
pues la suerte me sonrie,
no estrañe usted que me guie
hácia usted mi buena estrella.
Se va usté á casar... ¿y bien,
va usté á tomarse el trabajo
de querer á ese espantajo
marido, Matusalen?

PEDRO. (¡Si no mirara!...) (*Toma otro polvo.*)

CANDIDO. No tal:
todo esó es vana quimera,
porque ese cariño fuera
lo mas antiracional.

PEDRO. (¡Bravo!)

CANDIDO. Dará usted su mano,
bueno: con ella se quede;
pero... ¿al alma aspirar puede
un hombre antidiluviano?

PEDRO. (¡Hum!) (*Vuelve á sacar la caja.*)

CANDIDO. Esta argumentacion
no tiene vuelta de hoja...
y espero que usted acoja
mi arrebatada pasion...
Porque los dos nos tenemos
cierta oculta simpatia...
¡oh!... y quién sabe si algun dia
de España nos fugaremos.
Quién sabe... nuestra vehemencia
nos puede precipitar,
y hacerle al viejo quedar
á la luna de Valencia.

¿Con que me da usted el sí?
¿no es esto, señora mia?
¿no es verdad que usted se fia
enteramente de mí?

ESCENA V.

DON PEDRO. ROSA. DOÑA GERTRUDIS. DON CÁNDIDO.

GERTRUDIS. (Aqui estan, oigo su voz.)
CANDIDO. ¿No me responde usted nada?
ROSA. Es que estoy tan asombrada...
es usted un hombre atroz.
CANDIDO. Cierto, como yo hay muy pocos,
señora, y para encontrarlos
es necesario buscarlos...
ROSA. En una casa de locos.
CANDIDO. Bien, corriente: usted y yo
estamos en ese punto
de acuerdo; pero al asunto..
¿Qué me dice usted?
ROSA. Que no.
CANDIDO. ¡Qué!... ¡señora!... ¿esas tenemos?
que no, dice usted... ¡falaz!
¿sabe usted que soy capaz
de toda clase de estremos...
GERTRUDIS. (¡Oiga!)
ROSA. Eso dice usté á todas.
CANDIDO. Fíese usted...
ROSA. No me fio:
es usted, amigo mio,
perrito de todas bodas.
Ha poco de igual manera
otro tanto usted decia
á mi respetable tia...
CANDIDO. ¡No la nombre usted siquiera!
Lisonja, mentira todo,
diplomacia; en fin, se miente
por cubrir el espediente...
yo no encontré mejor modo...

¿Y usted llegó á imaginar
que yo confundir podria
un angel con una arpia?...

GERTRUDIS. (¿Qué es lo que llego á escuchar?)
¡Caballerito!

ROSA. (¡Ay de mí!)

PEDRO. (¿Tambien la vieja?)

CANDIDO. (*Buscando la salida se dirije hácia el balcon.*)
(¡Voto á...)

GERTRUDIS. (*Buscándolo.*) Acérquese usted acá.

PEDRO. (*Saliendo por la puerta derecha del fondo.*)
(¡Cuánta miseria hay aqui!)

GERTRUDIS. ¿Dónde está usted?...

ROSA. (*Sujetándola.*) Por Dios, tia...

GERTRUDIS. ¡Quita!

CANDIDO. (Y la vieja es capaz...)

GERTRUDIS. No huya usted, hombre mordaz...

ROSA. ¡Cállese usted!...

GERTRUDIS. ¡A mí arpía!...
De cólera estoy que brinco...

PEDRO. (*Dentro.*) ¡Muchacho... luces!

GERTRUDIS. ¡Él es!...

CANDIDO. (*Tropieza con las puertas del balcon, y se oculta en el.*)
¡Oh! ya dí...

GERTRUDIS. Ven, que despues
ya sabrá cuantas son cinco.

(*Vanse por la puerta izquierda del fondo.*)

ESCENA VI.

DON PEDRO. UN CRIADO *con luces que coloca sobre una mesa y se retira. Despues* BRAULIO.

PEDRO. Buenas noches. (*Bajo.*) Se largaron...
(*Mirando al balcon.*)
Alli sin duda... (*Alto.*) Cerremos
el balcon, porque esta noche
corre un vientecillo fresco... (*Cierra.*)
¡Anda, pájaro, ya estás
asegurado de incendios...

¡Oh!... es heróica la receta:
para calmar ese fuego
no hay cosa como quedarse
toda la noche al sereno.
¡El tuno!... está conocido:
al olor de mi dinero
hace cocos á la niña...
¡cuántos amigos hay de estos!
Pero... anda, que por ahora
á buen recaudo le tengo:
ya se le dará despues
el justo y condigno premio...

Braulio. (*Sale.*) ¿Señor?

Pedro. ¿Qué hay?... ¿llegó?

Braulio. Ahí está.

Pedro. Pues bien, que suba al momento.

ESCENA VII.

DON PEDRO.

Llegar no ha podido el pobre
mas pronto ni mas á tiempo.
Para mas seguridad
bueno es que incomuniquemos
á estas fieras... mientras pasa
el peligro....
(*Cerrando la puerta izquierda del fondo.*)
¡Ajá!... no hay miedo.
Y dirá el bueno de Enrique
sin esplicarse todo esto,
«mi padre se ha vuelto loco,
no hay duda, ha perdido el seso...
de alegria... con la boda...»
Sí señor... sí, ya lo veo.
Hay que hacer estos papeles:
los que con hijos nos vemos,
á ello estamos obligados
para salvarlos, no hay medio.
Despues me agradecerá...
aunque ahora tome el cielo.

con las manos... ¡oh! de nada
de lo que hice me arrepiento.
Alguien se acerca: él será...
ya en campaña le tenemos.

ESCENA VIII.

DON PEDRO. DON ENRIQUE.

ENRIQUE. ¡Padre!
PEDRO. ¡Chiton! Mas bajito.
ENRIQUE. ¿Pues, qué ocurre? ¿qué hay de nuevo?
PEDRO. Nos ocurren muchas cosas.
ENRIQUE. Pero, señor, ¿qué misterio
es este tan repentino
que yo comprender no puedo?
Ir y venir en un dia...
PEDRO. Estarás cansado, ¿es cierto?
ENRIQUE. No señor, pero impaciente
porque me esplique...
PEDRO. Lo creo.
Y estoy seguro que tú,
por mas que pienses en ello,
no adivinas el motivo
que volver aqui te ha hecho
antes del tiempo acordado.
¿No es la verdad?
ENRIQUE. Con efecto;
no alcanzo cuál pueda ser...
sí tengo un presentimiento
que anuncia á mi corazon
no sé qué lance funesto...
Al pronto me figuré,
y con algun fundamento,
como está usted delicado,
que algun ataque... mas veo
con placer que esto no ha sido
causa de mi llamamiento,
porque usted se encuentra bien...
PEDRO. Sí; nunca estuve tan bueno;
pero mas valiera, Enrique,

que hubiera sido por eso
por lo que aqui te he llamado.

ENRIQUE. ¡Qué dice usted!... me estremezco...

PEDRO. ¡Oh! lo vas á sentir mas
que si me hallaras enfermo...

ENRIQUE. No puede ser.

PEDRO. No lo dudes.
En vosotros los mancebos
es el amor á las damas
el sentimiento primero...

ENRIQUE. ¿Habla usted de Rosa, padre?

PEDRO. Pues; de Rosa: ahí está el cuento.

ENRIQUE. Espliquese usted por Dios!

PEDRO. Sin tardanza voy á hacerlo
porque con cuatro palabras
salimos del paso.

ENRIQUE. ¡Cielos!

PEDRO. Como despues lo verás,
la que ha sido tu embeleso
no merece, Enrique mio,
que la levante del cieno
la mano del que con ella
fue tan noble y caballero.

ENRIQUE. ¡Padre!

PEDRO. Atónito estarás;
pero no lo estoy yo menos.
¡Quién lo hubiera imaginado
de aquel esterior tan bello!

ENRIQUE. Pruebas, señor...

PEDRO. ¿Te parece
que hablara yo en estos términos,
con tanta seguridad,
á no tener las que tengo?

ENRIQUE. Siga usted... esto es horrible...
¿Será sueño?

PEDRO. No, no es sueño;
es realidad que despues
te enseñará á ser mas diestro.

ENRIQUE. Pero, en fin...

PEDRO. En fin, que apenas
desocupastes el puesto,
se presentó un sustituto

y se le admitió al momento.

ENRIQUE. Repare usted...

PEDRO. Ya se ve;
tú, con tus amores, ciego,
sin esperiencia, abrigando
generosos sentimientos,
sin pararte á examinar
antecedentes añejos...
no has podido ver el lazo
que te han tendido rastrero.

ENRIQUE. Pero...

PEDRO. Mira, tú, que poco
á mí, que soy perro viejo,
me deslumbró su elegancia...
¡Tengo un ojo muy certero!

ENRIQUE. Pues usted al verla dijo
todo lo contrario de eso...

PEDRO. Es que entonces sospechaba,
pero ahora no sospecho:
tengo pruebas terminantes,
ahora estoy en mi terreno...
Chico, esa gente no tiene
mas ídolo que el dinero.

ENRIQUE. ¿Es posible que en diez horas?...

PEDRO. ¡Oh! se hizo el negocio en menos.
Te fuistes... y no estarias
aun de esta casa muy lejos,
cuando nuestro hombre salió
de tu futura al encuentro.
Declaró sus intenciones;
demostró que era opulento,
ofreciéndole á la niña
un dote de cien mil pesos,
y como están muy seguras
de que puede el tal hacerlo,
aceptaron con palmitas,
y se le instaló... y laus Deo.

ENRIQUE. ¡Infamia tal! pero, usted,
¿qué le ha dicho?

PEDRO. ¿Yo?... ni esto...
ese golpe tan atroz
me ha dejado medio lelo.

ENRIQUE. ¡Oh! pues yo sabré...
PEDRO. Y asómbrate!
quien te la quita es un viejo.
¡Qué ignominia! ¡preferirle
al juvenil ardimiento
de un muchacho como tú!
¡qué desengaño! ¿eh?...
ENRIQUE. ¡Completo!
Mas, ¡yo tomaré venganza
de este agravio!
PEDRO. Bueno es eso.
ENRIQUE. Veremos si ante mis ojos
se atreve ese caballero
á disputarme...
PEDRO. ¿El amor
de tu carísimo dueño?
Si aqui no hay amor, Enrique;
Si aqui lo que hay es dinero...
¿Qué culpa tiene ese pobre
de que al largar el anzuelo
ella se lo haya tragado
con la codicia del cebo?
ENRIQUE. Sí, sí... ella solo merece
mi enojo...
PEDRO. No; tu desprecio.
ENRIQUE. ¿Y quién es él?
PEDRO. Un buen hombre...
ya verás... con él espero
que al punto te reconcilies.
ENRIQUE. ¡Yo!
PEDRO. Un escelente sugeto:
cuando digo... no lo dudes,
cualquier cosa buena apuesto
á que él nos ha de vengar.
ENRIQUE. ¿De qué modo?
PEDRO. Allá veremos.
Por ahora éntrate ahí.
ENRIQUE. ¿Y qué voy á hacer ahí dentro?
No, no me quiero ocultar:
quiero este borron tan feo
echarla en cara, insultarla,
llenarla de vituperios...

PEDRO. Usted hará, señorito,
lo que yo mande: al momento
éntre usted, y mas cachaza,
que para todo habrá tiempo.
Se va á firmar el contrato,
ellas creen que estás muy lejos...
con que, nada, éntra y está
á cuanto aqui pase atento.
(*Hace entrar á Enrique en la habitacion de la derecha.*)

ESCENA IX.

DON PEDRO. *Despues* BRAULIO.

PEDRO. Vamos al golpe de mano,
y dentro de breves horas...
¿Braulio?... (*Sale.*) Avisa á esas señoras,
y que suba el escribano.
(*Abre Braulio la puerta izquierda del fondo, y vase por ella.*)
Ello será algo grotesco;
pero, en fin... Digo, el mocito
qué callado y qué contrito
se está allí tomando el fresco.
Que agradezca á su fortuna
si no se está hasta la aurora,
y que cuente por ahora
sus amores á la luna.
Vaya, aqui estan vieja y niña...
¡qué poco esperan las dos!...
¡Cielo santo! líbranos
de estas aves de rapiña.
(*Sale Braulio y se retira por la derecha del fondo.*)

ESCENA X.

DON PEDRO. ROSA. DOÑA GERTRUDIS. *Despues el* NOTARIO.

GERTRUDIS. Amigo, pronto se ha dado
la vuelta.

PEDRO. Sí, en un momento:
con este asunto me siento,
señoras, tan animado.
(*Sale el Notario.*)
¡Hola, señor don Trifon!
NOTARIO. Beso á ustedes...
PEDRO. Adelante.
¿Está eso?
NOTARIO. En forma bastante
como es de mi obligacion.
PEDRO. Bien; ante todo es preciso,
y á esta señora le toca,
que me haga oir de su boca
si acepta este compromiso.
GERTRUDIS. Sí señor.
PEDRO. Pregunto á ella,
y ella debe responder...
pues me hace al caso saber...
¿Qué dice Rosita bella?
ROSA. Digo lo mismo, señor,
que acaba usted de escuchar
á mi tia.
GERTRUDIS. ¡Eso es hablar!
¿Lo ve usted?
PEDRO. Bueno, mejor:
será grande impertinencia
hablar así, cara á cara,
pero importa mucho para
descargo de mi conciencia.
Nadie lo debe estrañar;
me precio de caballero,
y su voluntad no quiero
de modo alguno forzar.
¿Usted lo ha pensado bien?
ROSA. Sí señor.
PEDRO. Sin repugnancia,
¿usted me ofrece constancia,
cariño eterno?
ROSA. Tambien.
GERTRUDIS. Pero, amigo, estoy absorta.
PEDRO. (*Le hace seña para que calle.*)
Antes de darme su mano,

mire ustèd que es un anciano
el qúe la pide.

ROSA. No importa.

PEDRO. Y, aunque parezca importuno,
¿conserva usted de otro amor
ya un recuerdo, ó...

ROSA. No señor.

PEDRO. ¿Con que ninguno?

ROSA. Ninguno.

PEDRO. Pues señor, bien; esto es hecho:
no pretendo saber mas.
Me deja usted por demas,
señorita, satisfecho.
Mi buena suerte bendigo. (*Al Escribano.*)
Con que á ver... en voz bien alta...
mas ¡qué diablo! si nos falta...
no tenemos ni un testigo.
Y Cándido, ¿dónde está?

ROSA. Don Cándido...

GERTRUDIS. No, no sé;
pues desde que usted se fué
no le hemos visto...

PEDRO. ¡Voto á!...
Si es de lo mas oportuno
ese don Cándido... no,
pues es preciso que yo
al momento busque alguno...
(*Dirigiéndose á la puerta de la derecha.*)

GERTRUDIS. ¿Qué va á hacer?

PEDRO. Mi buen amigo,
todo lo tengo corriente;
¿tendrá usted inconveniente
en servirme de testigo?

ESCENA XI.

DON PEDRO. DON ENRIQUE. ROSA. DOÑA GERTRUDIS. EL NOTARIO.

ENRIQUE. No señor.

GERTRUDIS. ¡Enrique!!

ROSA. ¡Cielos!

PEDRO. (*Tomando un polvo, y sonriéndose maliciosamente.*)
Cayóse la casa á cuestas...
¿Qué tal?

GERTRUDIS. (¡Quién imaginara!...)

ENRIQUE. La confusion, la vergüenza
que al encontrarse conmigo
esos rostros me reflejan,
de estas ilustres señoras,
mejor que nada, me vengan.
Yo no creí que existia
falacia tanta en la tierra;
pero esta dura leccion
es de tal naturaleza,
que ha de quedar mientras viva
en mi corazon impresa.
Padre, vámonos de aquí.

PEDRO. Braulio, ¿está la carretela?

BRAULIO. (*Dentro.*) Si señor.

GERTRUDIS. ¡Cómo!...

PEDRO. Me alegro.
Pues, señor, se aguó la fiesta:
con que ya...

GERTRUDIS. Usted ha abusado...

PEDRO. ¿De qué? ¿de vuestra inocencia?

GERTRUDIS. Usted me ha engañado, sí,
vilmente...

PEDRO. ¡Que dé usted quejas
de que la hayan engañado,
me sorprende en gran manera!
Usted jugaba un albur...
y conmigo no se juega.
(*Suenan golpes en el balcon.*)
¿Oye usté esos golpecitos?

GERTRUDIS. ¡Golpes!... (*Vuelven á sonar.*)

PEDRO. ¡Anda, y cómo aprieta!...
¿usted no adivina?...

GERTRUDIS. ¡Yo!...

PEDRO. Es un pájaro de cuenta...
voy á darle libertad
para que ustedes lo vean. (*Abre el balcon.*)

ESCENA ULTIMA.

DON PEDRO. ROSA. DOÑA GERTRUDIS. DON ENRIQUE. DON CÁNDIDO. EL ESCRIBANO.

TODOS. ¡Cándido!
CANDIDO. ¡Vaya!... ¡qué bromas
gasta usted!
PEDRO. ¡Mucho! selectas.
Señora, de lo que he dicho,
(*Señalando á Cándido.*)
ahí tiene usted una prueba.
GERTRUDIS. No entiendo lo que usted dice.
PEDRO. ¿Posible es que no comprenda?
Cuando ustedes hace poco
armaron aquella gresca,
estaba el Matusalen
escuchando en esta pieza.
GERT. ROSA Y CAND. ¡Oh!
PEDRO. Pero no hay que asombrarse,
porque todo se remedia...
Una vez que este don Cándido
ama con tanta fiereza
á la niña, ahora está libre...
puede casarse con ella.
CANDIDO. Hombre, ¡vaya una salida
de pie de banco... está buena!
Si aquello todo fue broma
para probar la firmeza...
ROSA. ¡Caballero!
CANDIDO. No, no digo...
de esto ninguno se ofenda.
PEDRO. Bueno, amigo, usted hará
lo que mas cuenta le tenga.
Yo, señoras, por mi parte,
no gusto de que me quieran
de balde... hay mas, ni tampoco
quiero que se quede espuesta
de esta niña la virtud,
á un golpe de la miseria.
Si ustedes me dan palabra
de variar de sistema...

y con mas juicio... esta quinta
con todas sus pertenencias,
á Rosita se la cedo
si marcha bien por la senda...

ROSA. ¡Oh, señor!...

GERTRUDIS. ¡Cuánta bondad!

ENRIQUE. (*Estrechando la mano de su padre.*)
¡Bien, padre!

CANDIDO. ¡Cosa estupenda!

PEDRO. Con los títulos de todo
el señor notario queda,
el cual en tiempo oportuno
les hará formal entrega.

CANDIDO. ¡Hombre, mire usted qué cosa!
¡corazonada como ella!
no haria yo mal labrador...
¡oh! y si Rosita quisiera...

ROSA. Calle usted, que me avergüenzo...

GERTRUDIS. ¡Huya usted de mi presencia,
falsario!

CANDIDO. Bien; nada he dicho:
esto fue solo una idea...
Con mis amigos me iré
hasta el confin de la tierra.

PEDRO. No señor, no; me parece
que ha echado usted mal la cuenta.
No quiero yo mas parásitos
que á viciarme otra vez vuelvan
el hijo que hoy saco libre
á costa de una esperiencia.

CANDIDO. ¡Pero, señor! á estas horas...

PEDRO. Allá usted se las avenga.
Lo dicho dicho, amiguito,
y de esto nadie me apea.
Con que, abur; me espera el coche,
no hay mas que tener paciencia,
y conformarse; ¡qué diablos!
pues siempre ha sido mi regla
dar á Dios lo que es de Dios,
(*Tomando el brazo de su hijo.*)
y AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR.

FIN DE LA COMEDIA.